VIRTUD Á PRUEBA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ACOMODADA Á NUESTRA ESCENA

POR

DON NARCISO DE LA ESCOSURA.

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1868.

VIRTUD Á PRUEBA.

VIRTUD Á PRUEBA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ACOMODADA Á NUESTRA ESCENA

POR

DON NARCISO DE LA ESCOSURA.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 25 de Abril de 1868.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA.................	DOÑA MATILDE DIEZ.
CECILIA.....................	JOSEFA PALMA.
JUSTINA......................	ADELA ZAPATERO.
TERESA.......................	EMILIA DANSANT.
UNA NIÑA DR 5 Á 6 AÑOS..	N. PASCA.
EL CONDE DEL OLMO.......	DON MANUEL CATALINA.
DON DIEGO PEDRAZA.......	MARIANO FERNANDEZ.
DON CAMILO COLODRO......	FRANCISCO OLTRA.
DON VALENTIN MATALOBOS.	FLORENCIO ROMEA.
HERNANDO..................	MANUEL PASTRANA.
MENDOZA.....................	FRANCISCO BELLMONT.
VICTORINO..................	MANUEL STESO.
SANTIAGO...................	N. PASCA.
DOS CRIADOS...............	N. N.

La escena es en Madrid el primer acto; el segundo en Carabanchel, y el tercero en una aldea inmediata á Santander.

ACTO PRIMERO.

Gabinete bien amueblado, con chimenea, sillones, etc.; puerta á la derecha, enfrente una papelera; mesa de escribir, sofá y puerta en el foro.

ESCENA PRIMERA.

SANTIAGO, luego CECILIA.

Santiago, de uniforme, recostado en el sofá junto á la mesa, sobre la cual arde un quinqué. Llaman á la puerta del foro.

SANT. (Despierta.) Em?... (Escucha.) Nada. (Vuelve á su posicion, llaman de nuevo.) Lo que es ahora no me equivoco... Han llamado. (Va á abrir la puerta.—Aparece Cecilia en traje de baile, con abrigo; saca en la mano una palmatoria con luz.) La señorita Cecilia!... (Admirado.)

CEC. (Sonriéndose.) Y qué tiene de particular, señor Santiago? Se ha asustado usted?

SANT. Asustarme yo, señorita?... De esa cara?...

CEC. Al volver del baile he visto luz en el cuarto de mi hermano, y venia á darle las buenas noches.

SANT. Es que el capitan no ha vuelto aun.

CEC. Cómo!... á las cuatro de la mañana?... Veo que mi hermano aprovecha el tiempo que pasa en Madrid.

SANT. Como estamos con licencia... Vaya por lo que se aburre cuando nos toca Alcalá, por ejemplo, ó...

CEC. Y qué hace usted, cuando está esperando á su amo?

SANT. Me entretengo en coser algun boton que falta... y ahora le estoy marcando estos pañuelos, que ha comprado hoy.

CEC. Esa es mucha habilidad, amigo Santiago!

SANT. Por ahí fuera tiene uno que aprender... Entre patronas y lavanderas nos cambian los pañuelos... cuando no se nos quedan con ellos... como recuerdo.

CEC. (Mirando los pañuelos.) Vamos... si puede usted dar lecciones á mi doncella!...

SANT. Ya... ya he comenzado.

CEC. (Vuelve á coger su palmatoria.) En fin, puesto que no está, voy á recogerme. Dígale usted á mi hermano, que le he estado esperando toda la noche en casa de la marquesa del Puerto... prometió ir á buscarme y...

ESCENA II.

DICHOS y EL CONDE, en traje elegante, con una cinta en el ojal.)

CONDE. Querida Cecilia, confieso mi culpa, y si la franqueza puede atenuarla, declaro que se me olvidó que habia de ir á buscarte.

CEC. Qué hermanos estos, Señor! La marquesa está que trina contigo. Queria presentarte á todas sus amigas: su chico te esperaba para ver si llevabas muchas cruces...

CONDE. Tanto irás diciendo, que casi me alegro de haber faltado.

CEC. Pero sepamos, ¿qué has hecho?... Dónde has estado? Te fuiste á comer con tu amigo Mendoza. Despues pensabas ir al teatro y luego á buscarme al baile de la marquesa.

CONDE. Cierto; pero nos encontramos á otros amigos... antiguos compañeros, que estan aquí de guarnicion. Nos fuimos á dar un paseo: luego al café... y así se nos ha ido el tiempo sin saber cómo... (Llamando á Santiago, que,

despues de atizar la chimenea, iba á retirarse.) Santiago!... (Á Cecilia.) ¿Me permites que diga dos palabras á mi asistente? (Llevándole aparte y en voz baja.) Ten listas dos espadas... me bato á las diez. (Le hace seña de que calle, señalando á Cecilia.) Oye: el capitan Mendoza vendrá temprano, es uno de mis padrinos... tambien ha de venir el doctor Hernando.

SANT. (Hablando consigo mismo, al irse.) El físico!... buena precaucion... Vaya, si el capitan le rompe al otro algo, como de costumbre... ya hay quien se lo componga. (Váse por el foro.)

ESCENA III.

EL CONDE y CECILIA.

Cecilia, durante la escena anterior, se ha instalado delante de la chimenea.

CONDE. (Mirándola.) Pero... no piensas en irte á descansar?... Debés estar muy fatigada!...

CEC. No tal. Será que tú tienes sueño?...

CONDE. No.

CEC. Perfectamente. Charlaremos un rato.

CONDE. Pero vas á tener frio...

CEC. Aquí, al lado del fuego?... Se me figura que quieres que me vaya. Esperas alguna visita?

CONDE. (Riéndose.) Á estas horas?...

CEC. (Con malicia.) No sé qué te diga!...

CONDE. Este cuarto que me cedes en tu casa, y donde paso las mejores horas de mi vida, es respetable para tu huesped, para tu hermano. No dudes...

CEC. No lo he dudado jamás. ¿Es decir que no te incomodo?

CONDE. Vamos: tú tienes algo que decirme?...

CEC Tal vez.

CONDE. Ese tal vez es algo sospechoso en boca de una viuda, tan jóven como tú... (Movimiento de Cecilia.) Y ¿á qué ocultarlo, Cecilia? Es la historia perdurable de los bellos ojos, que lloran por espacio de tres años al más

querido de los esposos, y que, el dia ménos pensado, echan de ver que se ha agotado el manantial de sus lágrimas?

CEC. Nada de eso. Está demasiado vivo en mi memoria el recuerdo del excelente marido que perdí, para que piense, ni remotamente, en volver á casarme.

CONDE. Peor para tí! Porque te confieso que hay momentos, en que desearia que tuvieras un protector, un amigo.

CEC. Un amigo? No le tengo en tí, por ventura?... Y el mejor?... el más seguro?...

CONDE. Pero yo puedo faltar... (Distraido.)

CEC. (Cariñosa.) Cómo!... qué dices?...

CONDE. Estoy casi siempre separado de tí...

CEC. Es verdad... y por cierto que ese es uno de mis grandes pesares.—No sé por qué no dejas la carrera... que, á Dios gracias, no te hace falta para vivir... y de ese modo no volveremos á separarnos.

CONDE. Dejar la carrera?... Cuando sea viejo. (Se sienta.)

CEC. Hablando de otra cosa: me tienes muy enfadada, por no haber ido á buscarme, como prometiste, á casa de la marquesa.

CONDE. Bien; eso ya me lo habias dicho.

CEC. (Con marcada intencion.) Pero no te he dicho aun, que su hija Valentina te tenia reservado un rigodon.

CONDE. Cómo!... Yo la pediré perdon la primera vez que la vea. (Se levanta preocupado y va á arreglar el quinqué.)

CEC. (Con la misma animacion.) Oh! y esta noche estaba preciosa!

CONDE. No me admira: es muy bonita!

CEC. (Con intencion: se levanta.) Y sabes que tiene doce mil duros de renta?

CONDE. No la creia tan rica, ni con mucho.

CEC. Pues sí señor: así es que la asedian los pretendientes. Pero... se me figura que todos ellos estan gastando la pólvora en salvas...

CONDE. Pues?...

CEC. Creo haber adivinado el enigma en una conversacion

que hemos tenido esta noche. Valentina está enamorada... de tí.

CONDE. Bah! bah!... estás loca?... En mi vida le he dicho una sola palabra... ni de cumplido siquiera. Ademas de que yo no convertiré en especulacion, en negocio, el acto más importante de mi vida.

CEC. Amigo, ese razonamiento, ese juicio en boca de un oficial de caballeria, á los veintisiete años... tiene su *intrígulis*... Á través de esas protestas descubro yo, sin presumir de muy lince... descubro á una mujer.

CONDE. Á seis. (Riéndose.)

CEC. No ama á seis mujeres á un tiempo un hombre de tanto corazon como tú... Lo que hace es adorar á una sola.

CONDE. Crees en efecto, qué?... (Sonriéndose.)

CEC. (Lo mismo.) Estoy segura. (Acercándose á él.) Vamos: ¿quién es ella?

CONDE. Te vas á burlar de mí...

CEC. ¿No te sabrás tú desquitar, en todo caso?...

CONDE. Pero es una tonteria, que... Nada: viaja uno en camino de hierro... pónese frente á él uno de esos *solideos*, que ahora habeis dado en llamar sombrero, color de rosa... ó bismark... la cosa es indiferente... dos ojos negros ó pardos. . no puedo asegurar... pero todo ello encantador, adorable... Y el pobre viajero pierde la cabeza... y...

CEC. (Riéndose.) Romántica es en efecto la aventura! Y hace mucho que pasó eso?

CONDE. Ocho dias. Ocho dias mortales!

CEC. Quiere decir que data la historia del dia mismo de tu llegada?

CONDE. Precisamente.

CEC. Y has hablado ya, supongo á la dama del solideo?...

CONDE. No me atreví. (Sonriéndose.) No se atreve uno siempre!.. Pero en las seis horas que estuvimos juntos, no dejé de mirarla un solo instante.

CEC. Pues iria divertida la pobre mujer!

CONDE. Ni lo reparó siquiera. Se conoce que iba pensando en otra cosa... quizá en alguno más dichoso que yo, que iba á volver á verla. Quise seguirla... Pero la turba de viajeros y de parientes y amigos, que se agrupa siempre en la estacion de Madrid, me separó de ella... y no he vuelto á verla.

CEC. (Riéndose.) No me parece muy peligrosa la aventura. Un idilio... entre nubes!... Y ¿á dónde te conducirá todo eso, querido Federico?

CONDE. (Riéndose tambien.) Razon tienes en reirte, y mañana quizá no me acordaré yo mismo...

CEC. Y por qué no lo olvidas desde hoy?

CONDE. Hoy es martes... y soy algo supersticioso... En todo caso, tú tienes la culpa; tú, que me has obligado á contarte... Eso me la ha hecho recordar, y en este momento me parece que la estoy viendo! (Va hácia la chimenea.)

CEC. Bah!. . eso se pasará, no hay cuidado. (Coge su palmatoria.)

CONDE. Dices bien; anda á acostarte.

CEC. Ya es de dia y puedo apagar mi palmatoria. Almorzarás conmigo?

CONDE. (Con viveza.) No; tengo que salir esta mañana... un negocio...

CEC. Importante?

CONDE. Sí.

CEC. (Vuelve á dejar la palmatoria sobre la mesa, despues de haberla apagado.) Entónces me marcho decididamente. (Dirígese al foro.)

CONDE. (Ap.) La volveré á ver? (Sigue rápidamente á su hermana.) Supongo, querida Cecilia, que no te vas enfadada conmigo?

CEC. Enfadada? Y por qué? Me has dicho unas cuántas tonterias; cuando yo te hablaba de una cosa formal...

CONDE. Cree que te quiero como siempre... y si algun disgusto te he dado en mi vida... perdóname.

CEC. Y á qué viene eso ahora?... Ya se ve que te perdono...

Pero no sé por qué me entristece verte así.

CONDE. Abrázame... y no te aflijas... que no hay por qué.

CEC. (Abrazándole.) Ay!... cuando me miras de ese modo, me recuerdas á nuestro pobre padre!...

CONDE. (Conmovido.) Anda, anda á acostarte. (Abrázanse de nuevo.)

CEC. Hasta luego, no es verdad?

CONDE. Sí, hasta luego. (Váse Cecilia por el foro.)

ESCENA IV.

CONDE solo, viéndola salir.

Pobre Cecilia!... Es lo único que me queda en el mundo. (Despues de una pausa abre el balcon y apaga el quinqué.) Es completamente de dia... Pensé echarme un rato, pero ya casi no vale la pena... Tengo que arreglar algunas cosillas... ¿Quién sabe lo que puede suceder? (Se sienta delante de la papelera y saca de ella algunos papeles, que va quemando á medida que lee.) Ya no debe tardar Mendoza.

SANT. (Anunciando.) El capitan Mendoza y el Físico.

ESCENA V.

EL CONDE, MENDOZA y HERNANDO.

CONDE. Estaba precisamente pensando en tí. Buenos dias, doctor.—Siento incomodar á ustedes.

MEND. Hoy por tí y mañana por mí; son cosas del oficio.

HERN. Ya sabe usted, querido Conde, que aunque médico, no me incomodan estas funciones...

MEND. Por poco nos encontramos en esa sala inmediata á tu hermana... afortunadamente el doctor hace á pluma y á pelo, y lo mismo encuentra una mentirilla para que no se alteren los nervios de una mujer, que saca el estuche para dejar sin sangre á todos los oficiales del regimiento.

HERN. Qué quiere usted, amigo mio; mi verdadera vocacion

era la de médico de señoras... No sé qué diablo de idea me dió de hacerme *físico*, como ustedes me llaman, de soldados.

CONDE. Todavia es tiempo de enmendarlo.

HERN. Con efecto; voy á cumplir cuarenta años... Lo dejaré para cuando tenga sesenta.

CONDE. Sepamos la hora con exactitud. (Saca su reló.) Ocho ménos cuarto.

HERN. Esa hora tengo yo. (Lo mismo.)

MEND. (Id.) Yo atraso algo... no es extraño... Siempre ando atrasado.

CONDE. Á las nueve tendremos el coche á la puerta, y en tres cuartos de hora, á lo sumo, estamos en Carabanchel.

MEND. Y á las diez tendremos el gusto de volver á ver el gaban ceniciento de ese señor de Pedraza... porque ya sé que tu adversario se llama Pedraza y no Pedrusco, como habiamos creido.

CONDE. Pedrusco ó Pedraza... siempre será aquella nariz sobre aquella cara!... ¿Le has vuelto á ver?

MEND. No, á Dios gracias; pero, cuando nos separamos de tí, encontramos al padrino del susodicho.

HERN. Un tal Colodro.

CONDE. Bonito nombre!

HERN. De orígen romano!

MEND. Pues ese Colodro pone á nuestra disposicion su jardin de Carabanchel.

HERN. Teniendo mucho cuidado de advertirnos, por si no lo sabiamos, que aquella magnífica posesion se la ha comprado á un marqués de... qué sé yo qué, en seis millones... al contado.

CONDE. Seis millones!

MEND. Ni más ni ménos. Amigo, las contratitas... ¿Pues no has visto qué aires se da tu chocolatero con su querindona y todo?

CONDE. Pero qué?... Ese Pedraza, es con efecto chocolatero?...

HERN. Vamos... no hay que rebajar á la gente, que si ha

vendido chocolate... yo le he conocido vendiendo fósforos por mayor, hará diez años.

MEND. (Con un suspiro cómico.) Y vaya usted á África á pelear con los moros... y llénese usted el pecho de cruces... para batirse con un hortera!...

CONDE. Si el hortera ha ganado laboriosa y honradamente su fortuna, ¿por qué no?...

MEND. Difícilmente se hacen en dos ó tres años esas fortunas colosales, por medio del trabajo y de la inteligencia.

CONDE. En el comercio entra tambien por algo la fortuna.

HERN. Ni Colodro ni Pedraza, han hecho la suya trabajando tan solo.—Hay quien dice, que entrambos deben el principio de su riqueza á haber arruinado á un honrado comerciante, de quien eran ambos humildes dependientes.

CONDE. En fin: asi hallamos las cosas y asi hay que dejarlas. Luchar contra las costumbres es empresa superior á hombres como nosotros.

HERN. Ademas; no hay el menor inconveniente en que el Conde se bata con Pedraza, porque se que está vacunado, es elector y elegible, y puede probar la renta que para ser nombrado senador se exige... En fin, donde ustedes no han visto más que un gaban ceniciento, puede que otros vean un hombre... y un hombre, si no de peso... de *pesos*, que es más!

CONDE. Pero muy mal educado.—Esa es al ménos mi opinion.

MEND. Con efecto...

HERN. Veamos si me he enterado yo bien de lo sucedido, y tal vez tenga alguna explicacion la conducta de ese pobre *rico*. Salian ustedes de cenar alegremente en los Andaluces, ¿no es esto? y al salir se cruzaron con un individuo, que conducia triunfalmente á una... á una mujer vestida con cierta exageracion, y cuya cola se extendia á cosa de un kilómetro de distancia de sus pies. Planta el capitan, sin poderlo evitar, el pie sobre aquella alfombra improvisada de moaré antique y de blondas y cintas y qué se yo que más zarandajas y...

¡crac! La dama se echa á reir (costumbre de esas *damas*). Pero el *caballero* que quizá habia pagado ayer mismo cuatro ó seis mil reales por aquel objeto, ya informe, inútil en consecuencia... objeto .. y esto es lo más grave... que quizá se vea hoy obligado á renovar... Francamente, señores; pongámonos en su lugar y confesemos que si la palabra que se le escapó en aquel momento, no era muy parlamentaria... le salia al ménos del fondo del bolsillo... del corazon, quise decir.

CONDE. Yo le pagaré la palabrita!

MEND. Ya recibió en el acto algo á buena cuenta... (Haciendo el ademan de dar un bofeton.) si no recuerdo mal?... (Viendo que sigue quemando papeles.) Pero, á qué viene ese auto de fe?

CONDE. Verdad es, no me creí tan rico de ilusiones perdidas.

HERN. Y no hay nada que valga la pena de conservarse en todos esos papeles?

CONDE. Nada que merezca un recuerdo. (Se levantan.)

MEND. Te dejas, no se qué cosa en el fondo de la papelera.

CONDE. Tienes razon. Una flor seca... (Con viveza.) Una camelia... (Mira la flor con ternura.)

HERN. Vamos!... Una emocioncilla!... por fin!...

CONDE. Se llamaba Julia... contaba apenas diez y ocho años... Su marido tenia sesenta y era muy celoso.

HERN. Cosa de la edad.

CONDE. Veíala yo pasar diariamente del brazo de su cancerbero: jamás se atrevia á alzar los ojos. Una noche, noche de Navidad, por cierto, asistí á una casa en donde se celebraba, como antes era costumbre en todas, la Natividad del hijo de Dios. Esto era en un pueblo pequeño. Allí estaba tambien la pobre Julia; pero no triste, como yo la habia visto hasta entónces; en medio de aquellas jóvenes habia recobrado la inocente alegria de una colegiala. Jugaban á juegos de prendas, cantaban y bailaban delante del nacimiento.—Tocóle pagar varias prendas, por aturdida; yo era el encargado de recogerlas, y ya

no tuvo al último que dar. Echóse á reir... acaso de la cara de estúpido conque yo la contemplaba... y por fin se le ocurrió quitarse una camelia blanca, que llevab en la cabeza, y dármela por prenda. El celoso, que la acechaba desde un rincon, se precipita furioso!—«Es muy tarde, la dice, y, sin darla tiempo siquiera de tomar su abrigo, la arrastra escotada y sudando, por las calles cubiertas de nieve.

HERN. Digo, en Navidad!...

CONDE. Á los ocho dias habia muerto de una pulmonia... Pobre criatura... pobre flor!

MEND. Esa quizá murió á tiempo! (Despues de un momento de reflexion.)

CONDE. Qué dices?

HERN. Qué habria sucedido?... Aquella flor, dada con tanta inocencia, le hizo á usted quizá concebir locas esperanzas... que tarde ó temprano podian convertirse en prosáicas realidades. Y en vez de ser hoy esa poética camelia una reliquia sagrada, seria un objeto más, destinado á dar pábulo á esa hoguera. Pobres mujeres! qué leccion encierra para ellas ese monton de cenizas!... Y en qué vienen á parar tantos sacrificios, que creen sublimes?... en humo!...

CONDE. No hay que burlarse; porque lo que más me ha encantado en mi desconocida es que me ha recordado á Julia... La misma mirada inocente y...

MEND. Pero de qué desconocida hablas?

CONDE. Nada, nada; ya ves que no sé lo que me digo... (Campanilla dentro.) Quién será?... (Viendo á Santiago en el foro. Bien... si es la planchadora... dile que no me almidone tanto los cuellos.

SANT. No es la planchadora, mi capitan, es...

CONDE. Sí... esperaba al zapatero...

SANT. Se me figuraba, mi capitan, que no debe ser tampoco el zapatero; porque es una mujer.

CONDE. Una mujer!

SANT. Y á juzgar... por... en fin... debe ser jóven... no quie-

re decir cómo se llama.

MEND. (Con discrecion cómica.) Hola! misterios?... En tu alcoba me zampo.

CONDE. No tal: te aseguro que no espero á nadie.

SANT. Pues ella pregunta por mi capitan...

CONDE. No puedo adivinar.

MEND. (En el mismo tono.) Quieres que yo te lo diga? Es alguna señorona de la aristocracia.

HERN. Sí, que viene á ofrecerle billetes para un concierto de beneficencia.

COMDE. (Riendo.) Conque no quieres presenciar?...

HERN. Oh! ni yo.—No tengo más que un billete de mil reales en el bolsillo, y esas que piden nunca llevan suelto para dar la vuelta. (Métense por la puerta izquierda.)

ESCENA VI.

CONDE, SANTIAGO, MARGARITA.

CONDE. (Á Santiago.) Que pase esa señora. (Ábrese la puerta del foro, y aparece, deteniéndose en el dintel, Margarita, vestida con sencillez y elegancia—parece muy conmovida.) Qué veo! mi desconocida! (Hace una seña á Santiago, que se retira.)

MARG. (Da un paso.) Es al señor Conde del Olmo á quien tengo el honor de hablar?

CONDE. (Algo cortado.) Yo soy, señora, en efecto... (La ofrece la mano y la conduce al sofá.)

MARG. (Con voz trémula.) Debe sorprender á usted la visita de una mujer á estas horas... Pero hay en la vida circunstancias tan extraordinarias, tan imperiosas...

CONDE. (Interrumpiéndola.) Ruego á usted, señora, que no se tome la molestia de disculparse. Me consideraré dichoso, si esa circunstancia que ha movido á usted á dirigirse á esta casa, me proporciona el gusto de servirla en algo. No necesito añadir que suscribo desde luego á cuanto usted desee de mí.

MARG. Cómo!... sin saber?... sin conocerme?

CONDE. (Sonriéndose.) Permita usted... no he dicho que tengo el

gusto de conocer á usted?...

MARG. (Con viveza.) Ah!... esas palabras me dan un poco de valor... Porque... si usted sabe quién soy, comprenderá lo que padece mi corazon, al pensar en ese lance...

CONDE. (Muy admirado.) En el lance!... no comprendo...

MARG. (Con viveza.) No debe usted batirse esta mañana con mi marido?

CONDE. (Estupefacto.) Con?... Con su marido de usted?... Usted es?...

MARG. La mujer de don Diego Pedraza, sí, señor. ¿No decia usted que me conocia?

CONDE. Hace ocho dias tuve el gusto de viajar con usted, durante algunas horas, en el ferro-carril... pero ignoraba su nombre de usted... (Mujer de ese hombre!... Qué desencanto!) Ya escucho, señora... Aunque, á la verdad, extraño que esté usted enterada de un lance, que un marido no suele confiar á su mujer, por poco impresionable que sea.

MARG. (Algo intimidada.) La casualidad me ha descubierto ese desagradable suceso.

CONDE. Ah! (En tono irónico.) Y sin duda sabrá usted tambien el motivo del lance?

MARG. Sí, señor.

CONDE. Sí?...

MARG. Una disputa de juego... en el Casino... ó no sé dónde... (Mirándole.) Es decir... como no me hayan engañado...

CONDE. (Con ironia.) No, señora, no; su marido de usted es incapaz de engañarla... ¿No opina usted de la misma manera que yo?

MARG. Sin duda...

CONDE. El señor de Pedraza me insultó... y supongo, señora, que no habrá usted venido á exigirme que vaya yo á pedirle perdon.

MARG. (Levantándose y recobrando un poco de serenidad.) Oh! No señor; sus padrinos en este malhadado negocio—porque ya supondrá usted que antes de decidirme á dar

este paso, he llorado y he suplicado cuando me ha sido posible—sus padrinos me han dicho que, reconocerse culpable, pedir perdon, cuando media un desafio, es una cobardía... ¿Cómo habia yo de pedir semejante cosa á un militar, á un caballero? Pero usted ignora, sin duda, que el hombre con quien va á cruzar su acero, no ha tenido jamás una espada en la mano, y su mujer viene á pedirle á usted que no le mate.

CONDE. ¿Que no le mate?... Permítame usted, señora, que extrañe ese lenguaje... ¿He tenido la desgracia de que me tome usted por un asesino de profesion?

MARG. Perdon... Perdóneme usted si mis palabras no explican los sentimientos que me agitan en este momento... He querido decir, que mi marido no se sabrá defender.

CONDE. Tranquilícese usted, señora; el hombre de corazon tiene, por instinto, la habilidad necesaria en un lance. (Se dirige al foro.)

MARG. (Prorumpiendo en sollozos.) Dios mio! Dios mio! Y yo que confiaba... yo que habia fundado en él mi postrera esperanza!... ah! veo que no he sabido hacer que me comprenda!

CONDE. (Siempre con el mismo tono burlon.) Nada de eso, señora... y la confianza que usted se ha servido dispensarme me lisongea en extremo... Vaya!... encomendarme á mí, á un desconocido, el cuidado del señor de Pedraza! hacerme responsable del menor accidente que pueda comprometer una existencia tan querida!... Sabe usted, señora, que el papel que usted me hace representar en esta farsa es harto difícil... por no decir bien ridículo, teniendo en cuenta, sobre todo, los sentimientos personales que profeso á mi dichosísimo adversario?... ¿Usted no sabe, señora, que yo aborrezco, que odio á su marido?... Usted no sabe?...

MARG. Que usted le odia?... Y por qué?

CONDE. ¿Por qué?... No basta ser su marido de usted?... no basta que usted le ama?... y que yo tengo celos?...

MARG. (Despues de un momento de asombro, con reprimida dignidad.)

Tenia usted razon en juzgar el paso que acabo de dar, como inconsiderado, por lo ménos. No habia necesidad de probármelo de una manera tan cruel. (Movimiento.) Ruego á usted, caballero, que me perdone el haberle venido á incomodar. Creí que venia á ver á un hombre galante, y he hallado en su lugar á un hombre, que se burla de los sentimientos más puros... á un hombre que se rie de una madre, que viene á interceder por el padre de sus hijas... Dos inocentes criaturas... que á estas horas duermen tranquilamente en su. cunas y cuya orfandad llora su madre llena de angustias mortales... Ah! qué mal me han hecho esas palabras!

COND. Crea usted, señora, que no he tratado de ofenderla... Llora usted por sus hijas?... perdóneme usted... Pero, qué? No me oye usted?... (Impidiéndola la salida.) Ah! no, no la dejaré á usted salir sin que me haya perdonado... Véame usted á sus pies...

MARG. (Glacial.) Nada tengo que perdonar... caballero... Yo no le conozco á usted.

CONDE. Oh! sí tal; y daria mi vida por una de esas lágrimas. No crea usted, señora, que me burlo de su afliccion... Perdóneme usted... y óigame, para que pueda comprender las palabras que la han ofendido. Ya le dije á usted que la encontré hace ocho dias... pues bien; desde aquel instante su imágen de usted...

CEC. Basta; nada más tengo ya que oir aquí.

CONDE. (Impidiéndola salir.) Un momento, por Dios; la única explicacion de mi conducta está en la profunda impresion que causó en mí aquel encuentro.—Sí, desde ese dia no pienso en otra cosa... La he buscado á usted, en vano, por todas partes... la creia á usted libre y... ¡cruel desengaño! al oir que es usted casada, el despecho, los celos!... Perdone usted, no tengo derecho á tener celos... sé que la estoy ofendiendo á usted de nuevo... Callaré, no volveré á decir una palabra. ¿Qué era lo que usted me pedia?... Ah! sí, ya lo sé. Pues bien. Ha-

ré lo que usted desea... Su marido de usted volverá sano y salvo... sus hijas de usted abrazarán á su padre... Adios, señora... No volverá á salir de mis labios ni una palabra que usted no deba escuchar... Respetaré en usted la virtud... Vuelva usted tranquila á su casa. Yo la juro que nada tiene que temer por su marido!

CEC. Confio en ese juramento. (Desaparece.—Él la sigue con la vista un momento: despues ve y recoge un pañuelo que Cecilia ha olvidado sobre el sofá. Aparecen Mendoza y Hernando. Mendoza se acerca á él y le dice dándole una palmadita en el hombro y enseñándole el reló.)

MEND. Se acerca la hora. (Santiago sale con dos espadas por el foro.)

HERN. Vamos, pues?

CODDE. Vamos.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

En una quinta de Carabanchel.—Sala baja que da al jardin; muebles ricos—puertas, balcones, panoplias, chimenea ; gran mesa dorada, sofá, etc.

ESCENA PRIMERA.

COLODRO, TERESA, luego PEDRO y ALFONSO.

COL. (Muy afanado, á Teresa.) Esto es; la cigarrera... el vino de Madera y los bizcochos; el Jerez... corriente. (Examinando una copa.) Bravo! las copas de cristal de Bohemia, con mi cifra...

TERESA. Sí tal.

COL. No se olvide usted de poner en los aparadores del comedor toda la vajilla de plata, de modo que se vea; pero sin que parezca que es con ese objeto... oh!... y sobre la mesa, el nuevo servicio de porcelana...

TERESA. Pero, no sabremos á qué viene á estas horas?...

COL. Y mi ayuda de cámara? Y el portero? dónde estan? Qué hacen esos bigardos?

TERESA. Ahí los tiene usted. (Salen los dos criados.)

COL. Perfectamente. (Inspeccionando á Pedro, que sale como criado de una gran casa.) Bien; muy bien: la librea sencilla y de

buen gusto... Pero; y los guantes? Ponte los guantes.

PEDRO. Aquí estan, señor. (Poniéndoselos.)

COL. Y usted, señor Alfonso, ¿por qué no se ha puesto la librea de gala? Vaya usted corriendo á vestirse... Ah! (Deteniéndole.) Espera un momento: ¿habeis echado, como mandé, arena en los caminos?

ALF. Sí, señor, seis carros nada ménos.

COL. Y los juegos de agua, estan corrientes?

PEDRO. Todos, señor.

COL. Bravo; mira, (Á Alfonso.) dile al cochero, al groom y á los dos lacayos, que esten con seis caballos en el patio principal y que, cuando lleguen esos caballeros... precisamente cuando los vean llegar, que se los lleven á la cuadra.—Entiendes?... de modo que parezca que acaban de volver de paseo.

PEDRO. Vamos, ya comprendo: para darse tono con esos señores que vienen de visita?...

COL. Señor Pedro... suprima usted esas observaciones... y largo de aquí!

PEDRO. Está muy bien.

COL. (Á Alfonso.) Y tú, á ponerte la casaca de gala y la banda y el baston.

ALF. Voy corriendo. (Estos grandes de nuevo cuño!...)

ESCENA II.

COLODRO, TERESA.

TERESA. Conque, por lo visto esperamos á gente de importancia?

COL. Á un Conde, señora Teresa. Al Conde del Olmo, nuestro contrario. (Con importancia.)

TERESA. Su contrario de usted, señor?

COL. Van á suceder hoy aquí cosas muy graves. Mi amigo Pedraza tiene un desafio.

TERESA. ¿Qué dice usted, señor?

COL. (Frotándose las manos.) La verdad. Un lance con un militar... Este lance nos va á dar gran reputacion en la

buena sociedad!

TERESA. Pero, y si sale herido el señor Pedraza?

COL. Bah! qué puede ser? Un ligero rasguño en la mano... y se acabó. Ahora todos los desafios concluyen así... Y mañana dirán los periódicos... (Ya me ha redactado el anuncio el literato que me sirve en estos casos.) (Siéntase en el sofá y saca del bolsillo un papel, que lee.) «En la »magnífica y elegante casa de campo de un acaudalado »comerciante, muy conocido en los altos círculos, ha »tenido lugar el desenlace del drama, que empezó ayer »en uno de nuestros más aristocráticos salones.» Ya ves que tengo redactada ya la gacetilla y, aunque el lance tuvo lugar á la salida de *los Andaluces*, hay que dorar un poco estas cosas. (Sigue leyendo.) «El bizarro Conde »O... y el pundonoroso banquero N.. ventilaron, co- »mo cumplidos caballeros, sus diferencias, bajo los ár- »boles seculares de aquella amena mansion. Hay quien »asegura que la política no ha sido del todo extraña á »la cuestion.»

TERESA. Pero si el señor Pedraza jamás se ha metido en políti- ca...

COL. No importa; «El espléndido dueño de la quinta, hizo »los honores de la casa con el buen tono y generosidad »que le caractirizan. Sirvióse un magnífico almuerzo á »los contendientes. Los vinos extranjeros de más precio »animaron el banquete. Sentimos no haber asistido á »participar de las prodigalidades esquisitas de nuestro »querido amigo el señor C.»

TERESA. Pero cómo escribe usted y cómo ponen los periódicos todo eso, sin ser verdad?

COL. Ya ves tú que no habiamos de confesar que el lance ocurrió en *los Andaluces*, porque un oficial le pisó la cola á una modistuela, á quien obsequia mi amigo... Habiamos de decir que venian de comer cangrejos?... Ademas que Pedraza es casado...

TERESA. Y quién le manda ir á comer cangrejos con una mo- distuela?... Y teniendo una mujer como la suya!...

COL. Cierto que si me dieran á escoger entre las dos... es más bonita su mujer, con efecto... pero mucho más bonita!

TERESA. Bonita, eh?... Pues lo que vale más en ella es su corazon. Mi pobre Margarita!... es una alhaja, un tesoro... Oh! bien la conozco... Ya sabe usted que antes de venir de ama de gobierno á esta casa...

COL. Ya, ya sé que la ha criado usted.

TERESA. Y no me separé de la pobre huérfana, hasta el dia en que, deseando deshacerse de ella, la casó su tio con su amigo de usted... con ese señor Pedraza... Ni ella le queria, ni... Pero ha sido y es excelente esposa, modelo de madres... Y el bribon del marido se va á comer cangrejos con una. . ¡Dios me lo perdone! Si mi difunto hubiera hecho eso conmigo... yo le aseguro que... que tambien yo me hubiera ido á comer cangrejos.

COL. Señora Teresa... no hay que exagerar tanto las cosas...

TERESA. Perdone usted, señor; pero como yo conozco á su amigo de usted... Apuesto á que á estas horas está muerto de miedo.

COL. Qué está usted diciendo?...

TERESA. Cómo no está aquí?

COL. No sé: le dejé en Madrid y no debe ya tardar. Tambien aguardo al amigo Revuelta.

TERESA. Verá usted cómo no se presenta el señor Pedraza.

ESCENA III.

DICHOS, PEDRAZA.

PED. Se equivoca usted, doña Teresa. (En tono zumbon.)

TERESA. En efecto! (Admirada.)

PED. (Riéndose y dándole el sombrero y el gaban.) Eso sucede cuando se hacen juicios temerarios, amiga mia. (Dando la mano á Colodro.) Cómo va, querido Colodro? (Ap.) He divisado los sombreros de tres picos emboscados al rededor de la finca... Vamos, el comandante de la guar-

dia civil de Carabanchel ha recibido mi carta por lo visto, y nada tengo que temer. (Alto.) Magnífico dia!... no me he visto jamás tan dispuesto á...

TERESA. (Ap.) Pero, señor; parece imposible!...

COL. Veo, en efecto, que estás muy animado... Qué buena yerba has pisado? (Admirado.)

PED. (Desentendiéndose y con indiferencia.) Lo que puedo asegurarte es que tengo hambre, y que... pero aquí veo vino y bizcochos... magnífico!... venga una copita, doña Teresa... (Come y bebe durante lo que sigue.) Á tu salud! (Se sienta.)

COL. (Ap.) No es el mismo hombre!

TERESA. (Ap. mientras le sirve y vuelve á colocar la botella en su sitio.) Se ha vuelto valiente!... y no le faltaba más que hacerse borracho para tener todos los vicios... Me voy, porque si no... le voy á decir una fresca!... (Vàse refunfuñando por la izquierda.)

ESCENA IV.

PEDRAZA y COLODRO.

COL. ¿Me dirás ahora, por qué te empeñaste en venir solo?

PED. Porque tenia que adiestrarme un poco... como no soy muy fuerte en la esgrima... Esta mañanita me fuí á despertar á un maestro francés que me han recomendado, y... (Haciendo ademan de tirar al florete.) Ya, ya puede mi contrario andarse con cuidado. Voy á darle una leccion que no se le elvidará en mucho tiempo... Digo... á ménos que no la olvide en el acto.

COL. ¿Qué quieres decir?...

PED. Que si le mato en el acto...

COL. (Ap.) Pero estoy soñando!...

PED. (Con tono fanfarron.) Tiempo es de hacer un escarmiento! Esos militarcitos se figuran... como han estado en África, que son más valientes que nosotros... Es necesario acabar con esa preocupacion.

COL. (Á media voz.) Vamos, aquí para entre nosotros, ¿estás

echándola de guapo para distraer el miedo?

PED. (*Tomándole la mano y poniéndosela sobre el corazon.*) Cuenta, cuenta los latidos de mi corazon... cuenta, hombre, cuéntalos!

COL. Con efecto!... Ni la menor alteracion!... Pues, señor, no lo entiendo; porque lo que es ayer estabas muy afectado...

PED. Qué quieres?... Las lágrimas de mi mujer!...

COL. No, no; perdona... si digo antes... y si añado que te ví palidecer y temblar...

PED. Los nervios... La misma gana de castigar al atrevido... (*Tatarea.*) Lo que sentiré (*En tono confidencial.*) será que se resienta mi pobre Eloisa... le causó una emocion tal el lance... y es tan impresionable!... y en su estado...

COL. Pero si tu mujer llega á saber...

PED. Qué quieres, amigo? quizá en ella misma consiste mi disculpa.

COL. Pues qué, acaso Margarita?

PED. No es la mujer que me convenia, ni mucho ménos... tan fria! tan!... vamos, no es la mujer que yo necesito. Donde estan las francesas... donde está mi Eloisa!... ah!... Pero, á todo esto, no parece el amigo Revuelta, que ha de ser otro de mis padrinos... sentiré que nos haga faltar á la hora convenida... (*Ap.*) (No sea que se me vayan los civiles!...) (*Alto.*) Hola! será él, acaso? (*Aparece en el foro Matalobos con Pedro.*)

COL. No; es un desconocido.

ESCENA V.

DICHOS, MATALOBOS y PEDRO.

PEDRO. Ahí tiene usted á mi amo y á su amigo el señor de Pedraza.

MATAL. Ah! El señor de Pedraza!...

PEDRO. (*Bajo.*) El más feo. (*Váse.*)

MATAL. (*Acercándose á ellos.*) Señores...

COL. (*Saludándole.*) Á quién tengo el honor, caballero?...

MATAL. Valentin Matalobos, mejicano, y establecido durante muchos años en los Estados-Unidos. (En tono breve y con miradas foroces.)

PED. Muy señor nuestro.

COL. Y podré saber á qué dichosa casualidad debo el honor de esta visita, caballero?

MATAL. (Despues de mirarlos alternativamente.) Quién es el señor de Pedraza?

PED. Servidor de usted.

MATAL. El señor Revuelta, íntimo amigo de usted, segun creo, y mi corresponsal en Madrid, me ha dado esta carta para usted. (Se la entrega y prosigue hablando, mientras la lee Pedraza.) Allí dirá, que un imprevisto ataque de asma le impide venir. Me ha llamado, y, despues de contarme el lance, me envia en su lugar, para que entre el señor de Colodro, si no recuerdo mal...

COL. Servidor.

MATAL. Para que entre el señor de Colodro, que es el otro padrino, y yo arreglemos el asunto.

PED. En efecto... aquí me dice... (Despues de leer la carta.)

MATAL. (Amenazador.) Á no ser que usted sienta alguna repugnancia en aceptarme en su lugar?...

PED. (Saludando.) Yo?... Al contrario; no señor... Crea usted que... Pues ¿qué mejor eleccion podia haber hecho mi amigo Revuelta?

MALTAL. (Con sombria fiereza: se sienta.) Tal es mi opinion! Tengo, en efecto, alguna práctica en este género de negocios, porque, á pesar de mi carácter, que es esencialmente dulce y conciliador, como debe probárselo á ustedes desde luego mi aspecto; á pesar, digo, de mi carácter... la casualidad ha hecho que haya tenido que salir á batirme cuarenta y siete veces.

COL. Cuarenta y siete veces!...

MATAL. Debo confesar que *solamente* he ido veintidos de cuenta propia...

COL. Veintidos veces *solamente*?

MATAL. Yo vivo muy retirado.

PED. Ah!... de veras?... (Algo turbado.)

MATAL. (Á Pedraza, bruscamente.) Volviendo al asunto de usted. Segun me ha dicho Revuelta, es negocio sencillísimo.

PED. Sencillísimo!... Cómo entiende usted?...

MATAL. Eso no necesita inteligencia ninguna. Es un lance, en que no hay nada que hacer... En una palabra, que no hay arreglo posible.

PED. En efecto, caballero, en efecto.

COL. (Que se ha levantado, á Matalobos.) Permítame usted... pudiera, sin embargo... en caso de que nuestro adversario...

MATAL. Un momento; debo prevenir á usted que no le seguiré por el terreno de la reconciliacion.

COL. Pero...

MATAL. Es un duelo serio?... sí ó no?

PED. (Que ha mirado furtivamente hácia el jardin.) Sí señor; muy serio!

MATAL. Es que, me pareció haber comprendido en la exclamacion de este caballero, que acaso se hallaba dispuesto á aceptar un papel *ridículo* y!...

COL Caballero...

MATAL. (Levantándose y en tono de provocacion.) Perdone usted... se me escapó la palabra y la retiro.

COL. (Lo mismo.) Ah!...

MATAL. Sin embargo, si usted lo exige, me tendrá uste dá sus órdenes, así que terminemos el negocio de nuestro cliente.

COL. (Asustado.) Pero... si yo no trato de... (Serenándose.) Ademas, que usted retira la palabra?...

MATAL. La retiro, en efecto; pero si á usted no le bastase por casualidad...

COL. (Con suma viveza.) Me basta y me sobra!... (Ap.) Vaya un padrinito que nos ha mandado el amigo Revuelta. (Pedraza sirve vino: vuelven á sentarse y beben: Colodro permanece en pie detrás de la mesa.

MATAL. (Con sonrisa de mala especie.) Este pequeño incidente me trae otro á la memoria. Un lance que... á no ser por

mí, hubiera dado que reir. Pero ya verán ustedes cómo me compuse para que no sucediera nada desagradable. Fué en una de mis escursiones á San Francisco de California. Un compañero de viaje, compatriota y amigo mio de la infancia, tuvo una cuestion con un buscon de oro... italiano era, si no recuerdo mal. Elegimos el terreno; cargamos las pistolas, y... ya frente á su adversario, se negó mi amigo á batirse... pero se negó obstinadamente! Ya comprenderán ustedes mi posicion!... Un solo medio quedaba para salir del apuro, y lo empleé·

COL. Qué hizo usted?

MATAL. Levantarle la tapa de los sesos.

PED. Em?...

MATAL. Con este rewolver... que nunca se separa de mí.

COL. (Espantado.) Con que le?... Le levantó usted la tapa de los sesos?... á su amigo de la infancia?

MATAL. Era la mayor prueba de amistad que podia darle, en la situacion en que se habia colocado... Así fué que me dió las gracias despues.

COL. Cómo, despues?...

MATAL. Al espirar... cinco minutos despues.

COL. (Ap.) Este hombre es un verdadero salvaje!

MATAL. (Levantándose, á Colodro.) ¿Encuentra usted vituperable mi conducta?

COL. Cá!... no, señor... al contrario!

PED. (Ap.) Ahí estan aun! Los he visto!

MATAL. Y usted? (Á Pedraza, que habia ido á mirar al foro, y vuelve otra vez al proscenio.)

PED. Yo?... (Ap.) Ahí estan todavia! (Alto.) Me parece muy natural. (Ap.) Buena ocurrencia fué la de escribir al comandante de la Guardia Civil... porque con un padrino semejante, estaba lucido!

MATAL. (Sentado frente á la chimenea, y con los pies sobre la repisa, al uso americano.) Á propósito, ¿qué sitio es el designado para el duelo?

COL. Mi jardin... que he puesto á la disposicion de mi amigo Pedraza.

MATAL. Gran prueba de amistad es, con efecto; porque si sucede un accidente de esos... le cuesta á usted de seis meses á tres años...

COL. De qué?

MATAL. De prision.

COL. Cómo?... Tres años de prision, por prestar un inmueble de mi propiedad?

MATAL. Precisamente.

COL. Ah! pues... entendámonos: retiro la oferta...

PED. (Con gran sobresalto.) Qué dices?

COL. Digo que... que... elegiremos otro sitio.

PED. (Cada vez más asustado.) Otro sitio!

COL. Á una legua de aqui hay terrenos á propósito.

PED. Á una legua!... jamás!... no me muevo de aquí!

COL. ¿Qué te importa que sea en mi jardin ó en otra parte?

PED. ¿Qué me importa?... Pero... y los civiles?

COL. Qué civiles?

PED. (Aturdido.) ¿Qué civiles?... Los guardias civiles!

MATAL. (Levantándose.) Lo que quiere decir el señor de Pedraza, es que no estaremos tan seguros como aquí en otra parte.

PED. (Con viveza.) Eso... eso es!

MATAL. Bah!... bah!... Me rio de esos temores...

COL. Usted se reirá; pero nosotros no.

PED. (Apoyándole.) Nosotros, no!

MATAL. Nosotros queremos matar tranquilamente al que nos ha insultado.

PED. Claro.

MATAL. Y nos quedaremos aquí. (Dirigiéndose al foro.)

PED. (Con fuerza.) Pues; nos quedamos aquí.

COL. (Desolado.) En la que me he metido! (Va tambien hácia el foro.)

PED. (Ap.) Respiro! Estarian los pobres guardias protectores aquí, y ¿habiamos de irnos nosotros á una legua?... (Limpiándose el sudor de la frente.) Solo de pensarlo me dan unos sudores!... (Al sacar el pañuelo deja caer una carta.)

MATAL. (Vuelve al proscenio.) ¿Qué se le ha caido á usted ahí, señor Pedraza?...

PED. (Recoge la carta.) Gracias. (Leyendo el sobre.) «Señor co»mandante de la Guardia Civil.» Dios mio! (La abro.) mi carta!... He echado en el buzon otra en su lugar! (Con alguna esperanza.) Sin embargo... no lo he soñado... yo he visto á los guardias por mis propios ojos... (Óyese en este momento gran ruido dentro.)

ESCENA VI.

DICHOS, ALFONSO.

COL. (Asustado.) Ese ruido!... (Á Alfonso, que pasa corriendo po el foro.) Qué sucede, Alfonso?

ALF. Nada, señor... los dos bribones que hicieron fuego hace dos dias al guarda... Estaban acechándolos desde anoche, y acaban de pillarlos en una cueva... mire usted... mire usted... ahí se los llevan. (Váse por la izquierda del foro.)

PED. (Ap.) Con que por eso era por lo que rondaban los civiles por aquí!... y se van!... Me he lucido!... (Se sienta.)

MATAL. Quién habia de decir que estabamos vigilados tan de cerca!

PED. (Temblando.) En efeeto... en efecto!

MATAL. Lo que yo creo es que debemos salir al encuentro á nuestros contrarios, que ya no deben tardar; y puesto que nos vemos libres...

PED. (Deteniéndole.) Un momento... perdone usted .. queria decir... Sentiria mucho que mi amigo Colodro se expusiera por mi causa. La Guardia Civil anda por estos alrededores... el estado político del pais!... las cosas estan muy delicadas!... todos los dias se habla de trastornos!... Se me figura que debiamos dejar el lance hasta el año que viene...

MATAL. (Dándole una palmada en el hombro y en tono muy significativo.) Graciosísima ocurrencia!.. Muy chusca!... Esperar al año que viene, cuando su mejilla de usted está echando chispas por el bofeton!...

PED. Cómo! .. ¿Le ha dicho á usted Revuelta?... Pues se ha

equivocado.—Es decir: el capitan hizo—sin pensarlo—un movimiento, así, con el antebrazo y... yo, tambien por casualidad, hice otro movimiento de cabeza al mismo tiempo y fuí á tropezar con el carrillo en su mano.

COL. (Con viveza.) Pues; así fué.

MATAL. El resultado es, que el señor ha recibido un bofeton?...

PED. (Insistiendo.) No señor, no: nada de recibir; lo que hay es que mi cara se encontró en el camino del bofeton... y no es lo mismo...

COL. Buena diferencia!...

MATAL. En estos asuntos no hay sutilezas que valgan!

PED. (Desolado: ap.) Qué hombre!... Qué hombre este!

ESCENA VII.

DICHOS, ALFONSO.

ALF. Señor?... Ahí estan esos caballeros.

MATAL. (Furioso á Pedraza.) Vaya usted al diablo con sus historias, que nos han impedido salirles al encuentro! Despachemos!...

PED. (Sin saber lo que se dice.) No... yo... jamás!

MATAL. Qué ha dicho? (Terrible y llevando la mano al bolsillo en ademan de sacar el rewolver.)

PED. (Que ve el movimiento.) Nada, nada; no he hablado una palabra. (Ap.) Caribe!... es capaz de tratarme como á su amigo de la infancia!

MATAL. (Obligándole á salir.) Vamos!

PED. (Balbucienre.) Despues de usted.

MATAL. No consentiré... Vaya usted delante!

PED. (Ap.) Soy perdido!... No me queda más que un medio de salvacion... Matar á mi adversario!...

MATAL. Vamos!

COL. y PED. Vamos! (Váse Pedraza en el mayor desórden.)

ESCENA VIII.

TERESA sola, á poco MARGARITA.

TERESA. (En el fondo, mirando hácia adentro.) Cómo corre. (Va á la ventana.) Apenas pueden seguirle los otros... Vamos; eso no es natural, y es preciso que se haya vuelto loco. (Al volverse se encuentra frente á Margarita.) Margarita! Tú aquí, hija mia!

MARG. (Muy agitada.) Sí, querida Teresa... Quisiera ver á tu señor, inmediatamente.

TERESA. (Ap.) Sabrá lo que pasa?...

MARG. Hazme el favor de avisarle.

TERESA. (Queriendo eludir la cuestion.) Mi amo... El señor Colodro, acaba de salir.

MARG. Qué, ha salido ya?... Creí llegar á tiempo para decirle... (Con viveza.) No sabes Teresa?... Mi marido se bate esta mañana!...

TERESA. Ah!

MARG. Sí.. por una disputa... ayer noche... Le han citado para hoy.

TERESA. (Tratando de sondearla.) Dónde?

MARG. No lo sé.

TERESA. (Ap.) Ah!... no sabe que estan aquí!... (Con viveza.) Comprendo, hija mia, tu inquietud.

MARG. No estoy inquieta, Teresa... no lo creas. Tengo mis razones para no temer que le suceda nada á mi marido, y eso es lo que venia á decir á tu señor.

TERESA. (Ap. agitada.) No participo yo de su confianza... al contrario... tiemblo por lo que está pasando en este momento... Si supiera...

MARG. (Que la ha estado mirando.) Pero, qué tienes! Estás inquieta... hablas sola!... ¿No me crees por ventura?

TERESA. (Con viveza.) Sí, sí... pero... Estaba pensando... quizá esté mi amo todavia en su despacho... Voy á ver y vuelvo... Espérame aquí, ¿eh?... no te marches de aquí?...

MARG. (Sonriéndose.) No tengas cuidado; anda, ve.

TERESA. (Al marcharse.) Quiera Dios de que no haya sucedido alguna desgracia! (Váse, foro derecha.)

ESCENA IX.

MARGARITA sola.

Despues de un momento de silencio, con mucha naturalidad.

Le he dicho que estoy tranquila... y no es verdad: no sé por qué, pero tengo el corazon oprimido... en este momento sobre todo... (Siéntase.) Qué acontecimientos, Dios mio!... Cómo me decidí á ir á casa de aquel jóven?... Si hubiera reflexionado... ahora, de seguro, no lo haria. Sin embargo... no debo arrepentirme. (Un silencio.) Y cómo me pidió perdon! «Daria mi vida, dijo, por una sola de esas lágrimas!» (Haciendo un esfuerzo para sonreirse y levantándose.) Su vida!... No hay necesidad de tanto, felizmente... (Va hácia el foro.) No vuelve Teresa!... Es posible que puedan los hombres apasionarse así de una mujer, sin más que verla una vez?... Imposible! Lo dicen, por galanteria, por costumbre. (Va á la ventana y se asoma. De repente se fija en un punto determinado y mira con suma atencion y con terror. Á poco exclama extendiendo los brazos y con voz ahogada.) Ah!... allí!... esos hombres!... esas espadas!... deteneos!... (Cecilia, que ha entrado precipitadamente por el foro con Teresa, le toma la mano y le pone un dedo en la boca.)

ESCENA X.

MARGARITA, CECILIA, TERESA.

CEC. (Con voz trémula.) Silencio, por Dios!... silencio!...

MARG. Son ellos!

CEC. El menor grito, cualquiera distraccion, podria serles fatal!

MARG. (Á Teresa.) ¿Por qué no me dijiste que era aquí donde se batian?

TERESA. No me atreví.

CEC. (Sin quitarse de la ventana.) El sol no me permite ver... Ah! mi hermano!... mi hermano!... (Se apoya en el respaldo del sofá. Teresa echa las cortinas.)

MARG. Es la hermana del Conde!... (Se acerca á ella y la dice con voz entrecortada.) Tranquilícese usted, señora; no les sucederá nada á ninguno de los dos.

CEC. (Levantando la cabeza.) Y usted ¿de qué lo sabe?

MARG. Sé... que Dios es bueno... justo, y no permitirá...

CEC. (Muy agitada.) Sí; tiene usted razon; no permitirá que mi hermano, que ha salido ileso y cubierto de gloria en tantos combates, venga á morir á manos de ese miserable!

MARG. (Sorprendida.) Señora!...

CEC. (Con fuerza.) Sí; un miserable, que siendo casado y padre de familia se bate por una mujercilla!...

MARG. Señora... está usted calumniando al señor de Pedraza! (Con firmeza.)

CEC. No le calumnio. He dicho la verdad. El asistente de mi hermano, que es un soldado viejo, incapaz de mentir, me lo ha dicho todo... Pero ¿quién es usted que así defiende á ese hombre?

MARG. Soy... su mujer...

CEC. Su mujer!... (Al decir esta palabra ve entrar al doctor Hernando y se precipita hácia él.)

ESCENA XI.

DICHAS, HERNANDO y COLODRO.

HERN. La hermana aquí!... (Procurando contener su asombro.)

CEC. (Con ansiedad.) Y mi hermano?... mi hermano?...

HERN. (Con empacho.) Tranquilícese usted, señora.

CEC. Está herido!... (Movimiento de Margarita.)

HERN. Un rasguño...

CEC. Dónde está?

HERN. (Con viveza, y haciendo una seña de inteligencia á Colodro.) Está?... acabamos de dejarle en el coche... Yo queria acompañarle, pero él no ha consentido, por creerlo inútil... Me parece... que va á su casa de usted en derechura.

CEC. Llegaré antes que él... voy corriendo.

COL. (Señalando la puerta de la izquierda.) Por aquí encontrará usted más pronto su carruaje. (Váse Cecilia.) Por ahí es imposible que tropiece con él. (Á Hernando.)

HERN. No basta... acompáñela usted hasta Madrid. (Con viveza.) Allí puede usted explicarle el estado de su hermano; aquí era de temer que se afectara peligrosamente al verle.

COL. (Con empacho.) Sí... sí... Pero... diga usted, señor doctor, ¿es indispensable que se quede aquí ese jóven?

HERN. Indispensable.

COL. No se podria... con todas las precauciones convenientes?...

HERN. Se moriria en el camino.

TERESA. Dios mio! (Margarita, sentada á la derecha, lanza un grito ahogado.)

COL. (Ap.) En qué compromiso me pone esta gente!...

HERN. Pero corra usted á encontrar á esa señora!...

COL. Voy, voy. (Ap. al irse.) De seis meses á tres años de prision!...

TERESA. (Al doctor, que arregla el sofá.) Conque, tan grave es la herida?

HERN. Creo perdido á mi pobre amigo, á ménos que Dios haga un milagro.

MARG. Perdido!

HERN. Apenas puede explicarme... Pero lo cierto es que ni siquiera ha tratado de defenderse...

MARG. (Al verle, ap.) Ah!

ESCENA XII.

DICHOS, el CONDE, MENDOZA y ALFONSO.

Alfonso y Mendoza sacan al herido y le colocan en el sofá.—El Conde sin conocimiento.

HERN. La misma inmovilidad! (Á Mendoza.) Han ido ya á buscar á los dos cooprofesores que he indicado?...

MEND. Antes de una hora los tendrá usted aquí. (Váse.)

HERN. Dónde podremos preparar el vendaje para hacer la primera cura? (Á Alfonso.)

ALF. (Señalando la de la derecha.) En esa habitacion.

HERN. Voy... Ah! necesitaré algunos paños... y mas hilas... con que, por ello.

ALF. Voy corriendo.

TERESA. (Á Hernando.) Hay algo que hacer?

HERN. Nada más que estar á la mira del enfermo. (Éntrase en la habitacion de la derecha.)

ALF. (Á Teresa.) Doña Teresa, las llaves?...

TERESA. (Registrándose.) Las?... dónde las he metido, señor?...

MARG. Vé á buscarlas; yo me quedo aquí por si ocurre algo.

TERESA. Tú?... sí... es verdad... pronto vuelvo. (Váse con Alfonso.)

ESCENA XIII.

MARGARITA, el CONDE, luego TERESA y en seguida HERNANDO.

MARG. (Inclinándose á contemplar al herido.) Sola con él!... Qué pálido está!... Dios mio!... Será mortal la herida? No, no; es imposible!... Qué he hecho yo, que el cielo quiere castigarme con tan horrible remordimiento para toda la vida! .. (Inclinándose hácia el Conde y anegada en llanto.) Nada, ni el menor movimiento... Habrá muerto! (Medio loca.) «Seria necesario un milagro para que se salve» ha dicho el médico!... Pues bien, sí... de allí, del cielo vienen los milagros! (Arrodillándose.) Dios mio!... Dios mío!... Salvadle!... yo os lo pido humildemente!... (Levantándose de repente.) Oh! se ha movido!... vive! vive!

CONDE. (Con voz apagada.) Quién?...

MARG. Yo... que lloro!... yo que pido de rodillas mi perdon! (Se arrodilla de nuevo.)

CONDE. Esa voz... yo conozco... sí, pero no distingo sus facciones.

MARG. Por qué dejarse matar sin defenderse? por qué?... yo no pedia eso...

CONDE. (Exaltado) Morir!... qué es morir por la mujer amada?

MARG. Silencio!... basta por Dios!

CONDE. (Haciendo un gran esfuerzo.) No; es preciso que yo diga... esta mañana, en mi casa... quedó este pañuelo... (Sacándolo del bolsillo, con sumo trabajo.)

MARG. El mio!...

CONDE. Sí... marcado con su nombre, «Margarita» (Con pasion Muerto yo... no deben hallarle sobre mi cadáver!... ahí está! (Dándoselo.)

MARG. (Ap.) Dios mio!.. tomarlo es decirle que se muere!...

CONDE. Ahí está!...

MARG. No, no... Usted mismo me lo llevará, pronto... dentro de pocos dias.

CONDE. (Con voz moribunda, pero con gozo.) Oh! entónces me acompañará al sepulcro!

MARG. No hay que pensar en eso... No, usted vivirá porque yo lo deseo... vivirá usted porque...

CONDE. Porque amo á Margarita!... Ah! pero ella no me ama!

MARG. (Sin saber lo que se dice.) Viva usted... y... sí! le amaré! (Ap.) Qué he dicho? (El Conde permanece extasiado un instante; sucumbe á poco á su emocion, y deja caer su cabeza como muerto. Margarita da un grito, sale Teresa.) Teresa!... mira! (En la mayor turbacion mostrándole al Conde.)

TERESA. (Asustada y acercándose á observar al herido.) Ah!

MARG. (Que ha cogido la mano del Conde.) Helada! (Á Hernando, que saca un vendaje preparado y con un grito de desesperacion.) Ah! La ciencia llega ya tarde!... Todo se acabó!! (Se desmaya. Hernando acude precipitadamente al enfermo, y al verle, levanta los ojos al cielo en ademan de grande inquietud. Margarita está arrodillada. Teresa la acude cuando se desmaya. El doctor detrás del sofá.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de una casa de campo en una aldea cerca de Santander: puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

JUSTINA y TERESA.

TERESA. (Que sale por el foro.) Cuánta gente anda hoy por la calle!... Sabes tú el motivo, Justina?

JUSTINA. (Que está poniendo la mesa para el almuerzo.) Toma!... ya lo creo; ¿queria usted que no se celebrara en la aldea?...

TERESA. Tienes razon; no me acordaba de que hoy se abre al culto, por fin, la nueva iglesia.

JUSTINA. Seis años hace que se quemó la antigua... precisamente el año del casamiento de don Diego Pedraza... que trajo aquí á su esposa, para que conociera las haciendas que tiene en los alrededores.

TERESA. Ya me acuerdo de que vinieron á pasar aquí tres meses.

JUSTINA. Tiempo suficiente para que la señorita se hiciera adorar de todos, al paso que su marido, por el contrario...

TERESA. Su marido!... qué tienes que decir del amo?

JUSTINA. Yo... no digo nada... porque no soy amiga de chismes;

repito lo que dicen los demas... (Con misterio.) Querrá usted creer, doña Teresa, que no dejaba en paz á ninguna muchacha? Como que dicen, que si no ha vuelto más á la aldea, es por miedo de que el padre de la Sinforosa le rompa las costillas de un garrotazo.

TERESA. (Ap.) Ya entónces la engañaba!...

JUSTINA. Y no es eso todo: ademas de la Sinforosa, cuentan que tambien la Celedonia se quiso tirar al mar... y que la Catalina... (esta sabe donde la aprieta el zapato) parece que le sacó buen dinero... y ademas...

TERESA. (Interrumpiéndola.) Basta, hija, basta. Ya veo que no eres amiga de chismes... Miren la niña! y parecia una mosquita muerta.

JUSTINA. Como que jamás me meto en lo que no me va ni me viene... Á propósito, doña Teresa; cree usted que irá esta tarde á la romeria la señorita Margarita?

TERESA. Ya sabes que la señora está enferma, y que por esa razon precisamente es por lo que ha venido á vivir á su casa de campo.

JUSTINA. Lo cierto es que no los esperábamos á ustedes... (Yendo y viniendo y acabando de poner la mesa, sin dejar de charlar.) Y vaya un miedo que me dió, cuando oí sonar la campanilla á media noche!... mi padre y yo creimos que serian ladrones... Y era la señora, que llegaba aquí á esas horas, con sus dos niñas y con usted... Se conoce que tenian ustedes prisa, cuando no esperaron á la mañana siquiera para venir desde la estacion... donde hay buena fonda... eh?

TERESA. Ocúpese usted en acabar de poner la mesa, señora curiosilla.

JUSTINA. Pues ya ve usted que por eso no dejo la obligacion.

TERESA. (Ap.) Vaya!... si todo me parece un sueño... El desafio!... la muerte de aquel pobre jóven!... el sentimiento de Margarita... su resolucion de no volver á ver á su marido!... Habia yo de dejarla venir sola con las dos niñas en el estado de exaltacion en que la veia?... Escribí á mi amo para que dijera á don Diego la resolu-

cion de su pobre mujer, y pidiéndole de paso permiso para acompañarla. Cerca de un mes llevamos ya aquí, en completa soledad, sin que el marido haya intentado venir, ni haya escrito al ménos, pidiéndola pendon. Qué conducta de hombre!... y con una mujer que no merece!...

JUSTINA. (Que entra y sale en escena y sigue haciendo sus faenas.) Sabe usted, doña Teresa, que está habitada la casa blanca?.. (Con volubilidad.) Ya conoce usted la casa blanca?... esa que se ve desde el terrado y tan codiciada por los que vienen aquí á tomar baños y quieren vivir en el campo, mejor que en la fonda... ó en la ciudad.

TERESA. Ya, ya sé de qué casa hablas.

JUSTINA. Pues esta mañana llegaron los nuevos inquilinos: dos señores, dos doncellas, un soldado y dos criados: cinco baules y siete cajas de sombreros. El señor y la señora son personas distinguidas... lo que no puedo decirle á usted es como se llaman... porque todavia no lo sé...

TERESA. Qué charlar!... Dios mio! qué charlar!

JUSTINA. Pasa una aquí años enteros sin tener con quien hablar... así es que, cuando se presenta la ocasion, hay que aprovecharla.

TERESA. Bien, bien: anda á traer el té, que ya es hora de que se desayune la señora.

JUSTINA. Para lo que come!... y hace mal, porque...

TERESA. Acabarás?

JUSTINA. Acabar?... pues si apenas he empezado...

TERESA. Anda, anda, que ya viene.

JUSTINA. Voy. (Ap.) Aquí hay algun misterio... de seguro... La mujer en el campo... el marido en Madrid!... (Al ver un movimiento de impaciencia de Teresa.) Voy, voy á traer el té y todo lo demas. (Váse.)

ESCENA II.

MARGARITA y TERESA.

TERESA. (Se acerca con lentitud á Margarita, que ha salido por la izquierda,

sin verla.) Cómo va, hija mia?... Te sientes mejor esta mañana?... Has dormido algo?

MARG. (Distraida.) Gracias, gracias, mi buena Teresa.

TERESA. Eso no es contestar... (Con tristeza.) Y ¿á qué?... No basta mirarte?... esa palidez, ese abatimiento, hacen inútil toda respuesta. (Con ternura.) Margarita!... quieres matarte, hija mia?

MARG. (Con amargura.) No... no se mueren, más que los que son dichosos!...

TERESA. No seas injusta!

MARG. Injusta, dices?... Cuenta, cuenta las dichas de que he gozado desde el dia de mi nacimiento, que le costó la vida á mi pobre madre... hasta que tambien fuí causa de otra muerte!... (Con dolor.)

TERESA. Á qué viene el empeño de echarte la culpa de esa desgracia?...

MARG. ¿Á qué viene?... Pobre jóven! Vivia dichoso, tranquilo... ¿Con qué derecho fuí yo á interceder con él, en favor del hombre que tan indignamente me engañaba!... Me preguntabas hace un momento si habia dormido?... No... ya no dormiré jamás; no quiero dormir; porque veria en sueños una sola imágen... horrible!... Así que cierro los ojos, me veo arrodillada delante de aquel cuerpo ensangrentado, inmóvil: de repente aparece la sombra enlutada de una mujer... esa mujer, que apenas entreví, y cuyas facciones se han grabado aquí... Esa mujer, es su hermana!... Me mira fijamente, sin hablar... y son sus lágrimas un remordimiento, una reconvencion sangrienta, que no alcanzo á resistir! (Llora amargamente.)

TERESA. (Despues de una pausa y ap.) Siempre así!... y no conozco más que un medio de calmar su dolor... (Diciendo así, va al foro y llama con la mano. Aparece Justina con una niña de cinco años.)

NIÑA. Qué me quieres?

TERESA. Ven, hija, ven. (La coge de la mano y la lleva junto á su madre.) No me decias, Margarita, que te recordara los

placeres que has tenido en tu vida?... ¿Puede haberlo mayor que el de abrazar á esta hija?

MARG. (Estremeciéndose.) Isabel!... (La coge en brazos.) Ay! Teresa!... Soy una pobre mujer!... ya lo ves... olvidarme hasta de mis hijas!... (Á la Niña.) Dónde está tu hermanita?

NIÑA. Durmiendo.

TERESA. (En el foro.) En la cuna... Anda, Justina, no la dejes sola.

MARG. (Á la Niña, á quien tiene en el regazo.) Hijas mias!... No sabeis lo que os quiero!... ¿No ves qué bonita es, Teresa?... Mírame, amor mio, con esos ojos tan dulces!.. mírame, y haz que mi corazon se conmueva!...

NIÑA. No llores, mamá!... ¿qué tienes?... (Enjugándola los ojos.) No llores, por Dios!...

MARG. No, hija mia, no lloro... Ya lo ves; me sonrio como tú... no ves, cómo me sonrio?

NIÑA. Así me gusta!... querida mamá!

MARG. (La abraza convulsivamente. Á Teresa, con gratitud.) Gracias, Teresa... la vista de mi hija me ha hecho mucho bien!.. Me siento mejor... Ah!... si lograse olvidar!... (Deja la Niña y se levanta.) Vamos á dar una vuelta por el jardin...

TERESA. Es que Isabelita no ha tomado nada todavia.

MARG. Ah! sí... es verdad... hoy nos hemos descuidado... Qué quieres, hija mia?... Quieres té con leche?... fruta?... quieres dulce?

NIÑA. Quiero de todo. (La sientan. Teresa la sirve.)

MARG. No; yo la serviré. (Pone manteca en una tostada, y se la da á la Niña para el té)

TERESA. Toma tú algo, por Dios, Margarita... Siquiera una taza de té. (Óyese ruido dentro.)

MARG. Qué ruido es ese?

TERESA. (Mirando por la derecha del foro) El ómnibus del camino de hierro, que se para en la verja del jardin... ¿quién se apea?... (Da un grito.) Ah! (Ap. á ella.) Don Diego!...

MARG. (Levantándose con suma viveza.) Él, aquí!... Es imposible!..

Te habrás equivocado...

TERESA. No por cierto: él es; no me cabe duda... es tu marido!

MARG. (Muy agitada.) Él!... ¿qué viene á hacer aquí? No quiero verle!... Dile que he salido... que estoy enferma... dile... lo que quieras. Ven, hija, ven. (Váse precipitadamente por la izquierda, llevándose á la Niña.)

ESCENA III.

TERESA, PEDRAZA, luego, VICTORINO.

PED. Condenado viaje!... Qué calor!... qué polvo!... (Viendo á Teresa.) Ah!... Dónde está mi mujer?

TERESA. (Con intencion.) Téngalos usted muy buenos, señor don Diego.

PED. Ah! sí... es verdad: buenos dias, doña Teresa. ¿Dónde está mi mujer? (Se sienta en el sofá.)

TERESA. Como la señora no le esperaba á usted, salió á dar un paseo largo, y... no sé cuándo volverá.

PED. Maldito contratiempo!... Queria volverme en el tren de las cuatro...

TERESA. En el tren de?...

PED. En fin, como tengo que hablar con ella por precision, me quedaré aquí hasta mañana.

TERESA. Si yo pudiera encontrar á la señora...

PED. Cómo?

TERESA. No debe estar muy lejos aun, y enviando á un criado inmediatamente, tal vez...

PED. No habrá algo que poder comer entre tanto?

TERESA. Justamente está ahí el almuerzo... mandaré que traigan un par de botellas de vino.

PED. Y nada más... Mi criado me servirá.

VICT. No hay necesidad de que se moleste esta señora. Yo cuidaré de mi amo.

TERESA. (Mirando á Victorino.) No conozco yo á este figurin!... De dónde habrá sacado á este maricon? (Váse por el foro.)

ESCENA IV.

PEDRAZA, VICTORINO.

PED. (Al cabo de un momento de reflexion.) Á mí no me engaña esa vieja... Mi mujer está en casa.

VICT. (Despues de haberla examinado atentamente.) Bonita finca tiene aquí el señor! (Ap.) Si no estuviera hipotecada en casi todo su valor!...

PED. No la habias visto aun?

VICT. Como solo llevo un mes al servicio del señor...

PED. Es verdad: estás en casa por recomendacion de tu protectora y paisana *Madamuasel Eloisa.*

VICT. Sí, señor. (Ap.) Veremos si puedo ayudarla como otras veces á acabar de desplumar á este imbécil.

PED. Qué dices?

VICT. Nada, señor... Estaba pensado, y no puedo recordaslas sin enternecerme, en las palabras de Madamuasel Eloisa al despedirnos. «Cuídamele bien, Victorino... devuélmele sano y salvo...» y la cuitada lloraba... de un modo, capaz de enternecer á una piedra!

PED. Y á qué vienen esos temores?... Ademas de que por ella es por quien he hecho el viaje.

VICT. Desde que se batió usted con aquel capitan, no le ha salido el susto del cuerpo. Las pobres mujeres, no ven más que peligros en cuanto se refiere al objeto amado. —Los hombres somos distintos... nos gustan las aventuras caballerescas, los lances...

PED. (Ap.) Estos extranjeros, aunque sean criados, tienen un modo de hablar tan agradable!... (Alto.) Conque, segun tu opinion, me he conducido bien en aquel negocio?

VICT. (Entusiasmado.) Que si se ha conducido bien el señor?... Un solo deseo tenia yo en este mundo... el de servir á un héroe!

PED. Eh?

VICT. Y por fin lo veo realizado.

PED. Vamos, vamos, señor Victorino... no sea usted adulador!

VICT. Á qué viene esa modestia, señor?

PED. Cómo estoy de polvo!...

VICT. Eso se quita en un momento. (Saca, muy solícito, un cepillo del saco de noche, y le quita el polvo.)

PED. Te gustan esos *chaquets* de moda?

VICT. (Cepillándole.) Este le sienta á usted divinamente... verdad es que se necesita ser muy bien formado para llevar estos trajes tan cortos y esos pantalones tan ceñidos... Y luego que para ir escotado, hay que tener cierta *turnure*, como decimos en Francia...

PED. (Ap. riéndose.) Este muchacho tiene mucho talento.

VICT. Pero si el señor me lo permite, falta en su *toilette* una sola cosa... y voy á...... (Va á una jardinera; coge un clavel encarnado y se lo pone en el ojal superior del levitin.)

PED. Qué haces, hombre?... qué haces?

VICT. (Se aparta á mirarle.) Perfectamente!... Un verdadero *dandy*!...

PED. No seas tonto!...

VICT. No extraño la pasion que ha inspirado usted á la señorita...

PED. Me quiere en efecto!

VICT. Querer?... le adora á usted... Conmigo suele hablar en francés de su amor... y ya se ve, en la lengua nativa, y con un compatriota, se explica con un fuego, con un entusiasmo!... *Mon petit chat*! exclama... *Mon singe*!...

PED. No me has dicho qne deseabas convidar el dia de Eloisa á unos cuantos amigos?

VICT. Sí señor; aun cuando para ello tuviera que vender el reló, que es un recuerdo de familia, y tan necesario al ayuda de cámara de un gran señor.

PED. No hay necesidad de nada de eso. (Dale un billete.) Toma, ahí van esos quinientos reales, para que celebres con tus camaradas los dias de mi amor.

VICT. Señor!... tanta bondad!.,. (Esto marcha!)

ESCENA V.

DICHOS, JUSTINA, con dos botellas.

JUST. Doña Teresa me manda traer estas dos botellas de vino añejo. (Tómalas Victorino; destapa una, de la cual sirve á su amo, y deja la otra en un rincon.)

PED. (Mirándola y con galanteria.) Pero no me engaño .. tú eres aquella niña... Justina, ¿no es eso?... Válgame Dios! y lo que has crecido! qué alta y qué...

JUST. Pues no soy tan alta como la Sinforosa.

PED. Cómo la Sinforosa?...

JUST. Pues, la hija del tio Perote. (Riéndose.) Perote... que cae en copla con *garrote*!... (Váse riendo. Pedraza se escama.)

VICT. Esa Sinforosa, es alguna víctima del señor?...

PED. (Turbado.) Cá... nada de eso... inventan unas cosas en estos pueblecillos!...

VICT. Sí, señor, sí; para malas lenguas los pueblos pequeños!

PED. Por fortuna, no pienso permanecer aquí mucho tiempo... En cuanto vea á mi mujer...

VICT. Y, á qué más?... (Ap.) Que se haga el negocio es lo que interesa, que la bella Eloisa me ha ofrecido una buena gratificacion, si se lleva á cabo.

TERESA. (Sale por la izquierda.) Aquí viene la señora.

PED. (Levantándose.) No decia yo? Dejadnos. (Teresa y Victorino se van, llevándose el valador, y Victorino la botella que dejó aparte.)

ESCENA VI.

PEDRAZA, MARGARITA.

MARG. (Con frialdad.) Espera usted tan solo verme para volverse?... aquí me tiene usted.

PED. (Picado.) Hola!... No parece, señora, sino que lo que ha querido usted darme á entender es, que se ha apresurado á venir para que yo me marche cuanto

antes?... (Margarita no contesta.) Ah! conque he comprendido bien, segun parece?... (Tampoco contesta.) Al cabo de un mes de separacion... semejante recibimiento no me parece muy cortés... (Fingiendo emocion.) porque hace un mes largo que no nos hemos visto!...

MARG. No he tratado de recordarlo.

PED. Vamos!... ¿Á qué vienen esos aires de princesa destronada?... Al fin y al cabo, he cometido, por ventura, uno de esos delitos que merezcan la muerte... ni siquiera que me aborrezcas, cosa que sentiria, más aun? (Con galanteria.) No son esos pecadillos comunes á todos los maridos?... ¿Á qué dar esa importancia á lo que nada vale?

MARG. Podré saber, por fin, el objeto de esta visita?

PED. Mi único objeto era... el de abrazarte... (Lo intenta: ella lo evita, con severidad.) Vamos... dejémonos de tonterias; no seas niña!... si te conoceré yo!... (Á media voz y con fatuidad.) Si no sabré cuánto habrás sentido esta larga separacion?...

MARG. Yo!...

PED. No disimules... lo estoy leyendo en tus ojos!

MARG. Mis ojos no pueden decir eso. (Va á sentarse á la derecha.)

PED. Vamos!... ¿no me has de perdonar una falta tan venial?... Créeme, querida: puede uno extraviarse un momento... pero lo cierto es que no ama uno jamás á esas mujeres, como á la que lleva su nombre. ¿Acudimos, acaso, á ellas cuando tenemos un pesar?... ¿cuando hemos menester consuelo, consejos, ayuda?... no por cierto. Figurémonos por un momento (por supuesto que no es más que una suposicion), figurémonos que, por efecto de la crísis comercial (repito que no es más que una suposicion), figurémonos que me encontrara yo apurado... amenazado quizá de un cataclismo!... (Con fingida sencillez.) ¿Crees tú que iria yo á confiar á aquella mujer mis inquietudes?... No! (Con solemnidad.) Á tí, á tí acudiria solamente... á mi esposa; á la encargada de velar incesante en el hogar doméstico!

MARG. (Con frialdad.) Yo no tengo dinero... ya usted lo sabe.
PED. (Turbado.) Pero... si yo no te he pedido dinero.
MARG. (Con fria sonrisa.) No!... esperaba usted que yo se lo ofreciera?... desgraciadamente no puedo, porque nada tengo.
PED. Pero... te aseguro que...
MARG. (Muy agitada, levantándose.) Acabemos. Me quedan mis diamantes; puede usted llevárselos... Yo se los doy.
PED. Estás loca!... ¿Habia yo de llevarme tus diamantes que valdrán á lo sumo seis mil duros?... (Movimiento de Margarita.) Sería cosa que pesaria sobre mi conciencia toda la vida, como un crímen!
MARG. Qué quiere usted de mí, entónces?
PED. Nada, casi nada. Una firma aquí, en este papel.
MARG. Está bien; venga. (Ap. al ir á la mesa.) Todo, con tal que se marche! (Firma.)
PED. Pero, lee al ménos...
MARG. (Devolviendole el papel.) Es inútil. Adios!
PED. Me despides?... (Guardándose el papel. Se acerca á ella.)
MARG. (Rechazándole.) Oh! basta!
PED. (Groseramente.) Qué diablos tienes?

ESCENA VII.

DICHOS, JUSTINA.

JUSTINA. (Sale corriendo.) Señora, señora... aquí estan los periódicos y una visita.
MARG. No espero á nadie... te habrás equivocado.
JUSTINA. Equivocarme, yo?... Vaya!... Es la señora que ha venido á vivir á la casa blanca; por señas que la conoce á usted, y usted á ella... digo, como que me ha dicho que en cuanto vea usted su tarjeta...
MAEG. Venga.
JUSTINA. (La está buscando entre los periódicos.) Dónde la he puesto yo, señor?... (Prosigue buscándola.)
PED. Te dejo, querida Margarita... (Ap.) corro á casa del escribano. (Alto.) Pronto vuelvo á recoger el saco de no-

che... y á librarte de mi presencia. (Váse.)

JUSTINA. Gracias á Dios!... la encontré! (Da la tarjeta á Margarita.)

MARG. Cecilia del Olmo!... (Da un grito.) Y has dicho que estoy en casa?

JUSTINA. Ya lo creo!... Á una señora tan... vamos, tan guapa! (Va corriendo al foro.)

MARG. (Sumamente turbada.) Ella!... su hermana en mi casa!... qué viene á hacer aquí?... Oh! no basta que me persiga su imágen en sueños!...

ESCENA VIII.

MARGARITA, CECILIA, JUSTINA.

Cecilia en traje elegante de campo, con un ramo de flores del tiempo en la mano.

JUSTINA. Pase usted... aquí está la señora.

CEC. Gracias.

JUSTINA. (Saludándola.) Servidora de usted!... (Ap.) cuidado si es guapa!... y qué bien vestida! (Váse.)

MARG. No me atrevo á mirarla! (Ap.)

CEC. Ruego á usted, señora, que disculpe mi importunidad... pero no veia el momento de implorar mi perdon.

MARG. Perdon!... usted?... usted, señora?... Ese traje!... flores en la mano!... esa sonrisa!... Pero... su hermano de usted!... aquel lance!...

CEC. (Sonriéndose.) Mi hermano?... está ya hoy en completa convalecencia.

MARG. Vive!... vive?

CEC. Sí.

MARG. Oh! Dios mio!... Dios mio!... (Con gozo extremado. Cae en el sofá.)

CEC. (Despues de una pausa y repuesta de su primera sorpresa, sentándose junto á ella.) Gracias, gracias por el interés que acaba usted de manifestar en favor de mi querido Federico. Veo que habia usted estado, que estaba, aun hace un instante, en un error, que en los primeros

momentos fué general, y que por poco me cuesta á mí la vida.

MARG. Pero... qué pasó?... qué fué aquello?... Diga usted... diga...

CEC. Fueron á darme la fatal noticia á mi casa, adonde me hicieron ir á esperarle... Usted se acordará tal vez?... Al oirla corrí adonde estaba. Tres médicos habia á su cabecera cuando llegué, y los tres... los tres decian en voz baja que no habia ya esperanza... Pero yo no lo creí...

MARG. Yo sí lo creí! (Llorando.)

CEC. Le tomé las manos... le acaricié... le llamé de mil maneras... nada!... cuando de pronto...

MARG. Ah!...

CEC. Volvieron á abrirse sus ojos dulcemente... se abrieron... pero no nos veia... Su mirada parecia seguir fijamente una engañosa vision! En fin... vivia!... se habia salvado!... No tengo necesidad de decir á usted cuál fué mi alegria, verdad?

MARG. (Riendo y llorando.) Ah!... la comprendo bien... yo... que tanto he llorado desde entónces!... (Se detiene confusa.)

CEC. No es extraño. Todo el mundo habla de la bondad de usted. ¿Cómo no habia de afectarla la idea de que su marido habia dado muerte á un hombre?

MARG. (Balbuciente.) Sí... mi marido... Eso es...

CEC. En fin, ahora sabe usted toda la verdad... Supongo que estará ya tranquila?...

MARG. (Con febril efusion.) Sí... tranquila!... Soy muy dichosa! (Ambas se levantan.)

CEC. Y me perdona usted?...

MARG. Yo... perdonarla á usted?... (Gozosa.) Pero... qué quiere usted decir con eso?

CEC. No recuerda usted que fuí yo la que, tan imprudentemente, la enteró del motivo de aquel duelo?... y por consiguiente de... de la falta que habia cometido su marido de usted?...

MARG. (Distraida.) Ah! sí... cierto.

CEC. Tambien para él habrá perdon, eh?...

MARG. (Lo mismo.) Para?... Si usted lo desea... me es igual. (Ap.) Vive!... vive!... (Alto. Abrazando tiernamente á Cecilia.) Permítame usted que la abrace!

CEC. Si supiera usted la simpatia que me inspira, amiga mia!... Porque desde hoy querrá usted que seamos amigas?... Nos veremos con mucha frecuencia mientras permanezca en este pais, cuyas aguas, segun parece, han de ser muy provechosas á...

MARG. (Con viveza.) Ah! le han mandado?...

CEC. Á decir verdad, los médicos, le recetaron otros baños; pero mi hermano se empeñó en que estos serian más eficaces.. (Margarita baja los ojos. Cecilia prosigue despues de haber recorrido un momento la estancia con la vista.) Tiene usted una bonita posesion!

MARG. (Tranquilizándose.) Muy modesta... pero mis niñas lo pasan bien aquí.

CEC. Ya, ya sé que tiene usted dos hijas preciosas, segun me han dicho.

MARG. Le gustan á usted los niños?

CEC. Me encantan! Pero como no he tenido hijos, todas mis caricias, toda mi ternura maternal, han sido para mí hermano; así que mi único deseo es verle feliz, tranquilo, es decir: casado.

MARG. Casado?

CEC. Ya le tenia arreglado un casamiento magnífico... con una muchacha lindísima, muy rica...

MARG. (Conteniéndose.) Y ¿cómo?...

CEC. Nada: se niega obstinadamente á casarse.

MARG. (Procurando reprimir los latidos de su corazon.) Ah!

CEC. Y me tiene desesperada con eso.

MARG. Si su hermano de usted no ama á la que usted le propone?...

CEC. No la ama, porque está enamorado de otra.

MARG. (En la mayor turbacion.) ¿Él... le ha confiado á usted?...

CEC. No; pero yo he sorprendido el secreto, cuando la fiebre

le hacia delirar. Así que le ví en estado de oirme, traté de provocar una explicacion... pero, en vano. Sabe lo que le quiero, sabe que si esa mujer es digna de él, yo estoy dispuesta á darle el nombre de hermana... Cuando así se niega á declararme quien es... debe haber un poderoso obstáculo... Debe estar enamerado de una mujer casada!... Ah! si así fuese!... Conozco á mi hermano; apasionado una vez, su amor será eterno y hará la desdicha de su vida!

MARG. (Ap.) Ah!...

CEC. Daria cuanto hay en el mundo por conocer á esa mujer... Si la conociera, le haria comprender mis justos temores... le pediria de rodillas que renunciase á un amor imposible!... Le pintaria el abismo que se abre bajo sus pies, si no renuncia á una pasion culpable!... le diria, que solo desdichas y la deshonra pueden dar por resultado esos lazos, que no santifican ni la religion, ni las leyes! Le diria en fin... (Con pena.) pero... desdichadamente no la conozco!

MARG. (Tristemente.) Yo la conozco, señora!...

CEC. Cómo!... usted?... (Quiere acercarse a ella, muy conmovida.) Usted?...

MARG. Esa mujer no ha faltado, no faltará jamás á sus deberes. (Con voz doliente y rechazándola suavemente.) Ni una palabra más... No. Nada tiene usted que temer de ella!... Nada!... pero, adios!... adios!...

CEC. Me retiro.

MARG. (En el mismo tono y con igual ademan que antes.) Eso es.

CEC. (Despues de una pausa.) Margarita!... no quiere usted abrazarme?... (Margarita se acerca á ella.—Cecilia la abraza. Ap. en el foro.) Pobre mujer!... tambien él va á sufrir mucho!. . pero ambos se han salvado!

ESCENA IX.

MARGARITA, luego TERESA.

Así que se va Cecilia, cae Margarita en el sofá deshecha en llanto y ocultando el rostro entre sus manos.

MARG. Dios mio! Dios mio!

TERESA. (Sale muy agitada.) Conque ya sabes lo que pasa?... Que está aquí el Conde?...

MARG. (Enjugándose el llanto.) Sí; lo sé.

TERESA. Pero aun falta que saber. Ese maricon francés... el ayuda de cámara nuevo que vino con tu marido, está abajo achispado, y le he hecho hablar...

MARG. Bien; y qué me importa?...

TERESA. No dirás eso, cuando sepas que tu caro esposo continua en su su vida de desórdenes...

MARG. (Con frialdad.) Para él hace.

TERESA. Y para tí tambien; porque parece que su crédito está poco ménos que perdido, y que de todo cuanto tenia le queda únicamente la suma depositada en el Banco por el apoderado de tu tio en este pueblo, y que te dejó el hermano de tu pobre madre.

MARG. Recuerdo en efecto... Sí; me habló de crisis comercial... de apuros... Pues bien, si con ese dinero puede salvar su honra, que disponga de él.

TERESA. Su honra?... bastante le importa eso. ¿Sabes en lo que piensa únicamente?... En asegurar una renta sólida á esa maldecida francesa...

MARG. Qué es lo que dices?

TERESA. La verdad. Su viaje no ha tenido otro objeto que obligarte á firmar un poder para cobrar ese dinero... pues con él le autoriza aquí el escribano á sacarlo del Banco. Pues bien, Margarita: pídalo como lo pida, no cedas á ruegos ni á amenazas... no firmes ese poder de ningun modo... no lo firmes, si no quieres dejar en la miseria á tus hijas!

MARG. Gran Dios!... Pero, si ya he firmado... sin saber lo que hacia y para que se marchase de aquí cuanto antes... (Con desesperacion.) Ay! la mujer que da entrada en su corazon á un amor culpable, se separa de Dios y Dios la abandona!... (Llorando.) Mis pobres hijas!... reducidas á la miseria por mí!... Oh! no; no!... no puede ser; yo le obligaré á que me devuelva esa firma.

TERESA. (Que mira por el foro.) El Conde viene!

MARG. Él aquí! (Váse Teresa estremecida.)

ESCENA X.

MARGARITA, á poco el CONDE.

CONDE. (Al verla lanza un grito de alegria.) Margarita! (Con voz conmovida y apenas inteligible.) Me esperaba usted, no es verdad?—Sabia usted?...

MARG. (Que apenas puede sostenerse y procura permanecer glacial.) Acabo de saber la llegada de usted por su señora hermana.

CONDE. (Sin atender á la disimulada frialdad de Margarita.) Si; mi hermana ha venido.—Yo estaba oculto entre los árboles esperando que se marchara para volver á verla á usted!

MARG. (Ap. dolorosamente.) Valor, corazon!

CONDE. (Prosiguiendo.) Es posible que nos veamos reunidos!... Ayer tan lejos!... hoy tan cerca... Margarita! Señora!... la emocion que siento no me deja hablar... Pero soy tan dichoso! tan dichoso!

MARG. (Haciendo un esfuerzo.) Está usted aun muy débil... y ha hecho mal en salir tan pronto... Despues de un viaje tan largo, y cuando tanto necesita usted reposo, tranquilidad...

CONDE. Tranquilidad? ¿Podia tenerla estando tan cerca de usted, sin verla?... Yo no estoy tranquilo, no hay para mí reposo más que donde usted está... Usted es para mí la vida... la vida, que me hizo usted recobrar con una sola palabra de compasion!...

MARG. (*Ap.*) Que calle, Dios mio!... que calle!...

CONDE. Aun resuena en mi alma aquella voz adorada, murmurando á mi oido palabras de consuelo, de esperanza y de amor. (*Con exaltacion.*) Héme aquí. Me has salvado!... y yo te adoro!... (*Se acerca á ella.*)

MARG. (*Se aparta muy turbada.*) Está usted loco!... (*Él la mira.*) Lo que acaba usted de contarme es sin duda un sueño.

CONDE. Un sueño!...

MARG. (*Con resolucion.*) Un sueño! sí!

CONDE. No fué usted á la quinta donde nos batimos? (*Despues de una pausa.*)

MARG. No señor. (*Terminantemente.*)

CONDE. No oí de esa boca?...

MARG. Nada. Sin duda el delirio de una fiebre violenta, señor Conde... el delirio, que puebla las soledades... que crea fantasmas... Ha tomado usted una ilusion por la realidad.. (*Con voz entrecortada.*) No me ofendo por eso... yo... que tengo que expiar una grave falta, cerca de usted... Yo he visitado á usted una sola vez, señor Conde... para pedirle la vida de mi marido, á quien amaba, á quien amo...

CONDE. Usted le ama?

MARG. (*Lo mismo, exaltándose.*) Sé que ha cometido faltas; pero hoy mismo ha venido á buscarme á la soledad en que vivo, llorando... Su arrepentimiento me ha conmovido... y le he perdonado... Si él no hubiera venido hoy, yo misma hubiera ido mañana á buscarle.

CONDE. (*Con explosion.*) Margarita?... (*Conteniéndose.*) Oh! Á qué engañarme de ese modo?... Felizmente la alteracion de esas facciones, la turbacion, que trata usted de disimular en vano, vienen á desmentir sus palabras.—(*Tomándole la mano.*) Esta mano trémula... (*Ella desprende la mano y se la lleva al corazon.*) Los latidos de ese corazon...

MARG. (*Triunfando todavia, aunque con trabajo de su emocion.*) Mi corazon?... sí... (*Óyese la voz de Pedraza.*) Es que oigo su voz!

CONDE. (*Apartándose de ella con horror.*) Tiene usted razon, señora.

No... no es esta la mujer de mis sueños!... Este pañuelo no es el suyo!... (Lo desgarra.) Yo no la conozco!... soy un pobre loco!... he soñado... he soñado... tenia usted razon!... Adios, señora. (Al ir á salir le detiene Pedraza.)

ESCENA XI.

DICHOS, PEDRAZA y TERESA.

PED. Señor Conde!... Acaba de decirme Teresa que estaba usted aquí y vengo... (Á Teresa.) Dígale usted á Victorino que se vaya á la estacion con mi saco de noche... y que me espere allí.

TERESA. (Acercándose precipitadamente á Margarita y bajo.) Ya lleva el documento para sacar el dinero del Banco. (Váse.)

PED. (Al Conde.) Siento mucho tener que dejar á usted tan pronto, pero debo volver esta misma tarde precisamente á Madrid. Más dichosa que yo, mi mujer, podrá hacer á usted los honores de nuestra pobre choza.

CONDE. (Glacial.) Ya me habia despedido de esta señora y...

PED. Entónces iremos un rato en compañia, si usted gusta.

CONDE. Pero... no se marcha con usted la señora?...

PED. (Riéndose groseramente.) Mi mujer!... Bah! bah! si me quedara yo se marcharia ella... Usted no sabe...

MARG. (Ap. á Pedraza, interrumpiéndole.) Por Dios!...

PED. Digo!... Si hubiera usted visto cómo me recibió hace poco!...

MARG. (Ap.) Qué hombre!

CONDE. (Ap.) Ah! me engañaba!

PED. (Al Conde, llevándole hácia la puerta.) Y luego, cuando un pobre marido busca fuera distracciones, que no halla dentro de casa, todo el mundo se escandaliza!... Créame usted, señor Conde. No se case usted! (Volviéndose á Margarita en tono zumbon.) Conque á más ver, querida.

MARG. (Que ha tomado una gran resolucion.) Antes... de partir... necesito que hablemos un momento.

PED. Es que no quiero faltar al Tren.

MARG. Dos palabras nada más... si el señor Conde quiere permitirnos... (El Conde saluda y se dispone á marcharse.)

PED. No son más que dos palabras... Hágame usted el gusto de esperarme en el jardin. (Váse el Conde)

ESCENA XII.

MARGARITA, PEDRAZA.

MARG. (Ap.) Tengamos valor!

PED. Te has empeñado en que no llegue al Tren?...

MARG. Seré muy breve.

PED. Acabemos pues... ¿De qué se trata? (Se sienta á la mesa.

MARG. (En pie, al extremo opuesto.) Sé que va usted á sacar de Banco los veinte mil duros allí depositados.

PED. Qué signifiea?...

MARG. Es, ó no cierto?

PED. Es cierto. ¿Y qué?

MARG. Ese dinero es de mis hijas.

PED. No digo lo contrario. Ni es mi intencion despojarlas de esa cantidad... Yo se la devolveré... tiempo hay...

MARG. Mejor es devolvérsela desde luego. Venga la autorizacion. (Tendiendo la mano.)

PED. Te has vuelto loca?...

MARG. Llamaremos, para mayor seguridad, al escribano y ante él se anulará lo hecho.

PED. Pero qué diablo de capricho te ha dado ahora?

MARG. No quiero privar á mis hijas de lo único que les queda en este mundo.

PED. (Levantándose burlon.) Pues amiga, lo siento: pero necesito ese dinero, para una operacion magnífica, gracias á la cuál, podré reponerme de mis pérdidas... y me quedo con él... solo por algun tiempo.

MARG. Repito, que mis hijas no cuentan más que con esa suma, y exijo que no se las prive de lo único que puedo

darles. (Va á él resueltamente.)

PED. (Cogiendo el sombrero.) Si no tienes otra cosa que decirme...

MARG. (Impidiéndole salir, con fuerza.) Tengo que decir al padre de mis hijas, que no consentiré que las deje en la miseria para enriquecer á una miserable aventurera!

PED. Qué quieres dar á entender?...

MARG. (Con desprecio.) Lo que usted sabe mejor que yo.

PED. (Furioso.) Señora!... Ese tono!...

MARG. (Prosiguiendo.) Se trata de mis hijas, y no callaré. Quédeles siquiera un pedazo de pan á esas pobres criaturas... y repare usted como quiera sus pérdidas, y emplee su dinero como le acomode.

PED. Basta de injurias, señora!... (Furioso y animándose por grados.) Me cree usted capaz de negar el depósito que hoy me confia?... Esa es una infamia que nunca perdonaré!

MARG. (Con desprecio.) Lo que usted no me perdonará nunca es que no me preste á arruinar á mis hijas por una despreciable aventurera.

PED. (Fuera de sí, y dando un puñetazo sobre la mesa.) Eso es falso, señora!... Ya se acabó todo entre nosotros!... Desde este momento recobro mi libertad... y usted puede hacer otro tanto... (Movimieto de Margarita. Él prosigue.) No más escenas!... ¿Me mezclo yo, por ventura, en lo que usted hace? (Se sienta en el sofá.)

MARG. (Con dignidad.) Yo no tengo nada que ocultar. Mi conducta, hoy como siempre, está al abrigo de toda sospecha!

PED. ¿Qué sabemos? (Con insolencia. Baja en seguida la voz como avergonzado.) Yo no le pido á usted cuentas.

MARG. (Estallando.) Esas mujeres hacen perder al hombre, hasta el sentimiento de su dignidad y de su honra!... No sé qué cambio... qué agitacion desconocida se ha operado en mi alma, al oir ese lenguaje!... No... no veo claro... Y quizá esas mujeres á quienes estoy acusando, son dignas de compasion, si han tropezado con un

hombre como este, al entrar en la vida!

PED. (Furioso.) Señora!

MARG. Sí... hombres como usted, bastan para hacer mujeres de esa especie!...

PED. Basta, vive Dios, ó!...

MARG. (En la mayor turbacion y dejándose caer en una silla.) Oh! puede llegar un momento en que la mujer más fuerte se canse de luchar... en que todos sus sacrificios le parezcan ridículos... en que, su corazon se rebele....

PED. (Interrumpéindóla en tono groseramente burlon.) Pobre corazon!... Esas tenemos?... Y desde cuándo?...

MARG. (Exasperada.) Desde cuándo?... (Mirándole frente á frente.) Desde que he podido apreciar la diferencia que existe entre una alma vil y cobarde y... otra noble, llena de elevacion y de delicadeza...

PED. Miserable! (Levanta involuntariamente la mano y se oontiene.)

MARG. (Calmándose de repente.) Á qué contenerse?... Más le vale á usted matarme, que dejarme sola aquí!...

PED. (Ap. despues de un momento de reflexion, recobrando su innoble sonrisa.) Es una añagaza para obligarme á que me quede. (Va á coger el sombrero.)

MARG. (Asombrada, se levanta y lo sigue con la vista.) Y se va!... no me cree!...

PED. (Acercándose á ella en tono chancero.) No, señora, no creo nada... Usted, que hace sin cesar tan brillantes discursos sobre los deberes de la familia, habia de olvidarlos de repente, al lado de la cuna de sus hijas?... Adios, señora. Adios! (Váse.)

ESCENA XIII.

MARGARITA, luego el CONDE.

MARG. No soy más que una pobre mujer!... He querido luchar y... (Aparece el Conde en este momento; le ve y se cubre el rostro.) Ah! estaba ahí!

CONDE. (Precipitándose á ella.) Qué hace usted? Á qué ocultar el rostro?... Si hay mujer que tenga derecho á mirar al

cielo cara á cara... esa mujer es usted... si hay hombre que deba caer de rodillas ante la virtud .. ese hombre soy yo! (*Con entusiasmo.*) Sí, ahí estaba, todo lo he oido... y he podido apreciar en su verdadero valor el supremo esfuerzo de un alma próxima á sucumbir... esfuerzo que ha excitado una ligera sonrisa en el hombre á á quien se dirigia aquella súplica!... (*Con fuerza.*) Yo, yo solo, la defenderé á usted, señora, de hoy más... hasta contra mí mismo!... Yo haré que usted se conserve pura, digna de sus hijas!... No quiero ser de aquí en adelante más que el amigo, el hermano de Margarita!

MARG. (*Con dolorosa amargura.*) Ni aun eso podemos ser. Es necesario que nos digamos un eterno adios!

CONDE. No volver á vernos?...

MARG. Jamás!

CONDE. No cree usted, por ventura, en la lealtad de mi juramento!

MARG. El mundo, que es implacable, no le daria crédito. (*Sale Cecilia con la niña.*)

CONDE. (*Resistiéndose.*) Ah!... para unos, impunidad completa!... para otros, solo sacrificios!... Y dónde... dónde está la recompensa?...

MARG. (*Con sencillez llevándose la mano al corazon.*) Aquí!

CECILIA. (*Colocando entre ambos la niña.*) Y aquí! (*Margarita abraza á la niña tiernamente.*)

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 20 *de Abril de* 1868.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartúmeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañía.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prins.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A. Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

